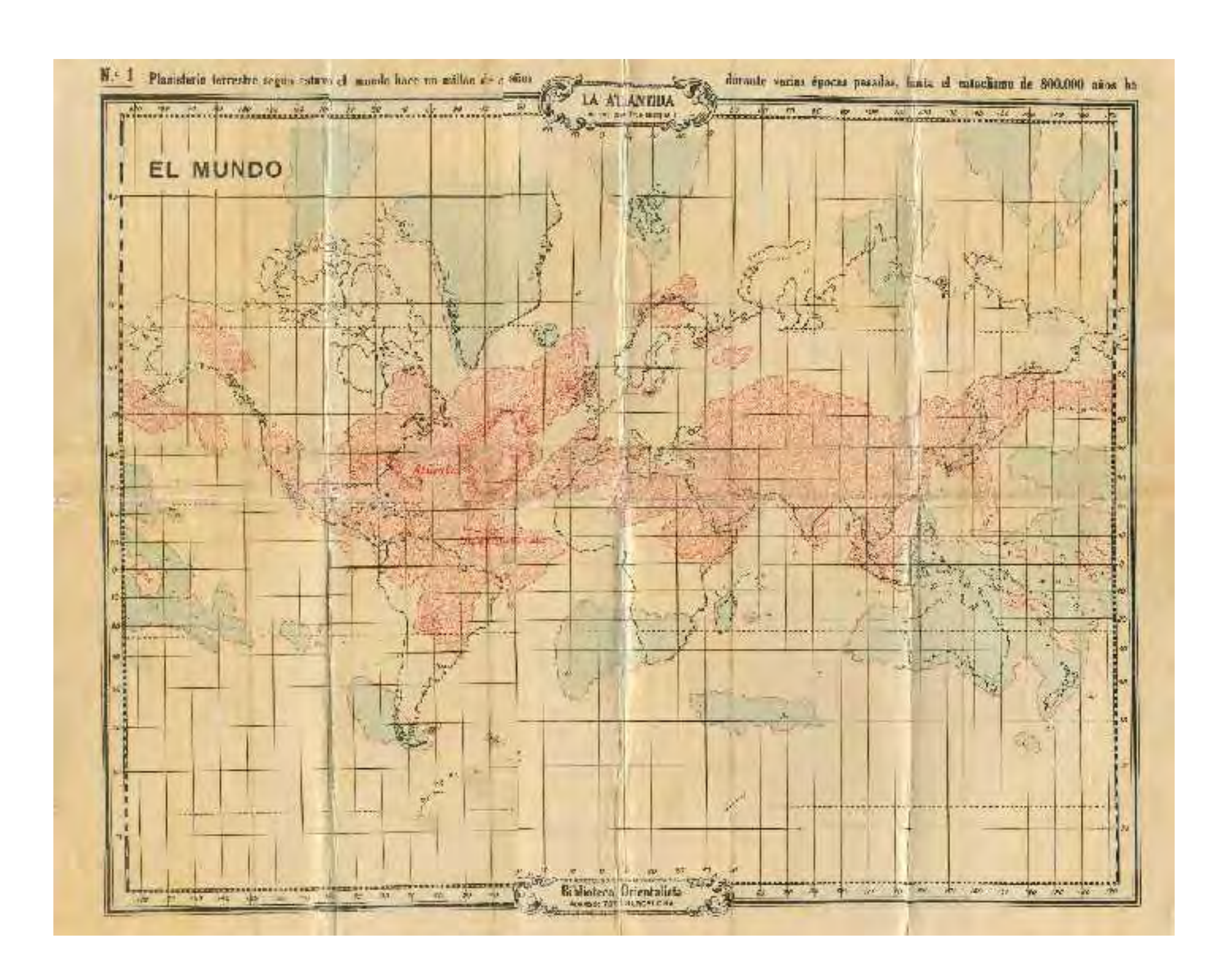
# Historia de los atlantes




## Por W. Scott Elliot

Ofrecido por VenerabilisOpus.org
Dedicados a preservar el rico patrimonio
cultural y espiritual de la humanidad.

Con prefacio de A. P. Sinnett
Traducción: Federico Climent Terrer (Edición 1921 de Biblioteca Orientalista)

# PREFACIO

Los lectores que desconocen el progreso realizado en los últimos años por personas pertenecientes a la Sociedad Teosófica que se han dedicado con fervor al estudio del Ocultismo, no interpretarían quizás debidamente el sentido de lo que en este libro se expone, si no obtuviesen algunas explicaciones preliminares.

La investigación histórica se ha fundado hasta ahora para la civilización occidental en anales escritos; a falta de documentos literarios, han servido algunas veces los monumentos de piedra, y también nos han proporcionado los restos fósiles seguridades inequívocas, aunque inarticuladas, acerca de la antigüedad de la raza humana; pero la cultura moderna ha perdido de vista, o ha pasado por alto las posibilidades relacionadas con la investigación de sucesos pasados independientes de los testimonios falibles que nos han transmitido los escritores antiguos; y de aquí que el mundo en general conozca hoy tan imperfectamente los recursos de las facultades humanas, que la mayor parte de las gentes rechaza desdeñosamente, burlándose de la existencia misma, aun en potencia, de los poderes psíquicos que algunos de nosotros estamos ejercitando diariamente sin darnos cuenta de ello.

La situación es tristemente ridícula, desde el punto de vista de los que saben apreciar las perspectivas de la evolución, ante el espectáculo de la humanidad que de este modo rechaza obstinadamente un conocimiento tan esencial a sus progresos ulteriores.

El mayor grado de cultura de que es susceptible la inteligencia humana, al no aceptar todos los recursos de su conciencia espiritual superior, no podrá traspasar jamás los límites de un proceso preparatorio, comparado con el que pudiera desarrollar si agrandase sus facultades lo bastante para entrar en relaciones conscientes con los planos o aspectos suprafísicos de la Naturaleza.

Para cualquiera que tenga la paciencia de estudiar los resultados de las investigaciones psíquicas que se han publicado durante los últimos cincuenta años, debe quedar establecida en fundamentos inquebrantables la realidad de la clarividencia como un fenómeno posible de la inteligencia humana.

Para aquellos que no son ocultistas, esto es, personas dedicadas al estudio de los aspectos más elevados de la Naturaleza, y que se hallan en posición de obtener una enseñanza superior a la que pudieran proporcionar los libros, para aquellos, repetimos, que meramente se atienen a los testimonios consignados de un modo material, la negación de la posibilidad de la clarividencia se halla al nivel de la proverbial incredulidad africana respecto del hielo.

Pero las experiencias de la clarividencia acumuladas por los que han estudiado en relación con el magnetismo, prueban que existe en la Naturaleza humana la facultad de conocer los fenómenos físicos por alejados que estén, ya con respecto al espacio, ya con respecto al tiempo, de un modo que nada tiene que ver con los sentidos físicos.

Los que han estudiado los misterios de la clarividencia en relación con las enseñanzas teosóficas, se han podido convencer de que los recursos más trascendentales de esta facultad, sobrepujan tanto a aquellas sus manifestaciones más humildes, obtenidas por investigadores inexpertos, como los recursos de las altas matemáticas exceden a los de la simple aritmética.

La clarividencia es de varias clases, cada una de las cuales ocupa distintamente su lugar cuando llegamos a apreciar el modo como funciona la conciencia humana en los diferentes planos de la naturaleza.

La facultad de leer las páginas de un libro cerrado, de distinguir los objetos con los ojos vendados o a distancia del observador, es muy diferente de la que se emplea en el reconocimiento de los sucesos pasados.

De esta última es de la que debemos decir algo, a fin de que pueda comprenderse el verdadero carácter de este tratado sobre los atlantes; he hecho, sin embargo, alusión a las demás para que la explicación que voy a presentar no se tome equivocadamente por una teoría completa de la clarividencia en todas sus variedades.

Para llegar a comprender mejor la clarividencia relacionada con los sucesos pasados, consideraremos primeramente los fenómenos de la memoria.

La teoría que atribuye ésta a arreglos imaginarios de moléculas físicas de la materia cerebral que constantemente se están formando en cada momento de nuestra vida, sólo puede ser aceptada por los que no se elevan ni un grado sobre el nivel pensante y no trascendental del ateísmo y del materialismo.

A todo el que acepte sólo como hipótesis racional la idea de que el hombre es algo más que una armazón animada, deberá parecerle igualmente admisible el que la memoria está relacionada con el verdadero principio del hombre que es suprafísico.

Su memoria, en una palabra, es una función que pertenece a un plano que no es el físico.

Los cuadros de la memoria se hallan impresos, claro es, en algún medio no físico, y se hacen asequibles al pensador encarnado en los casos ordinarios, en virtud del esfuerzo que hace, si bien quedando tan inconsciente de su verdadero carácter, como lo está del impulso cerebral que obra sobre los músculos de] corazón.

Los sucesos pasados, con los cuales se halla en relación, están fotografiados por la Naturaleza en una página imperecedera de materia suprafísica, y haciendo un esfuerzo interno apropiado, llega a tenerles de nuevo presentes, cuando los necesita, dentro del área de algún sentido interno, el cual refleja su percepción en el cuerpo físico.

Todos no podemos hacer este esfuerzo con éxito igualmente feliz, y la memoria es algunas veces poco vívida; pero aun en los experimentos de la investigación del magnetismo, la sobreexcitación de la memoria en el estado magnético es un hecho familiar.

Los resultados demuestran claramente que los anales de la Naturaleza son asequibles si sabemos la manera de recobrarlos, o si tan siquiera mejoramos de algún modo nuestra propia facultad para hacer el esfuerzo que requiere el obtenerlos, sin necesidad de que tengamos mayores conocimientos acerca del sistema que se emplea; y esta idea nos lleva sin violencia a concebir que, verdaderamente, los anales de la Naturaleza no son colecciones separadas de propiedad individual, sino que constituyen el conjunto de la memoria de la Naturaleza misma, de la cual diversas personas pueden atraer proporciones con arreglo a sus facultades.

No quiero decir con esto que esta idea sea necesariamente la resultante lógica de la otra, aunque los ocultistas saben que lo que acabo de exponer es un hecho; el objeto que me propongo, es solo demostrar al lector profano, como el ocultista adelantado obtiene sus propósitos en este punto, y sin pretender yo con ello resumir en esta breve explicación todos los estados de su progreso mental.

Hay que consultar la literatura teosófica en general, si se quiere obtener un conocimiento más amplio de las magníficas perspectivas y demostraciones prácticas de las enseñanzas en muchos ramos que, en el curso del desarrollo del movimiento teosófico, se han dado al público para beneficio de todos los que se hallen en estado de aprovecharse de ella.

La memoria de la Naturaleza es realmente una unidad asombrosa, del mismo modo que en otro sentido vemos que toda la especie humana constituye una unidad espiritual, si consideramos aquel plano elevado de la Naturaleza, donde existe la maravillosa convergencia, en la que reside la unidad sin la pérdida de la individualidad.

En la masa común humana, constituida por la mayor parte de los individuos que aún se encuentran en los primeros peldaños de la escala de la evolución, las facultades internas espirituales, superiores a las que el cerebro como instrumento expresa, se hallan aún muy poco desarrolladas, y por tanto, no les permiten contacto alguno con los anales de los vastos archivos de la memoria de la Naturaleza, excepto aquellos con que están individualmente relacionados desde su creación, el ciego esfuerzo interno que son capaces de verificar, no puede, por regla general, atraer otros; pero aunque de un modo vacilante, tenemos ejemplos en la vida ordinaria de esfuerzos más efectivos, siendo la "transmisión del pensamiento" uno de sus humildes resultados.

En este caso, las "impresiones en la mente" de una persona, o sea los cuadros de la memoria de la Naturaleza, con los cuales se halla en relación normal, son cogidos por otra que en aquel momento es capaz, aunque inconscientemente del sistema que emplea, de colocar la memoria de la Naturaleza en condiciones favorables, un poco más allá del área con que generalmente está relacionada en su estado normal.

Semejante persona ha principiado entonces, aunque ligeramente, a ejercitar la facultad de la clarividencia astral, término que puede usarse convenientemente para denotar la clase de clarividencia que ahora trato de explicar, la cual es la que ha sido empleada en su superior desarrollo, para llevar a cabo las investigaciones que han servido de base para compilar el presente relato sobre los atlantes.

Los recursos de la clarividencia no tienen realmente límite en las investigaciones referentes a la historia pasada de la tierra, ya se relacionen con los sucesos acaecidos a la raza

humana en épocas prehistóricas, o con el desarrollo del planeta mismo a través de los períodos geológicos anteriores a la aparición del hombre, o bien con sucesos más recientes, cuyos relatos han sido desfigurados por historiadores poco cuidadosos o mal intencionados.

La memoria de la Naturaleza es infaliblemente exacta y de una minuciosidad inacabable.

Llegará un tiempo, tan seguro como la presesión de los equinoccios, en que el método literario se desechará como anticuado en todos los casos de obras originales.

Muy pocas son aún las personas entre nosotros capaces de ejercer la clarividencia astral con completa perfección, las cuales no han sido aún llamadas a llenar funciones más elevadas en relación con el progreso humano, de las que la humanidad en general sabe hoy todavía menos que lo que el populacho indio entiende de los Consejos de Ministros.

Muchos son los que saben lo que pueden hacer estos pocos, y por qué proceso de educación y de propia disciplina han pasado, persiguiendo ideales internos, entre los cuales la clarividencia es sólo una circunstancia individual; pero, sin embargo, forman una pequeñísima minoría en relación con el mundo culto.

Pero algunos de entre nosotros tienen razones para estar seguros de que, andando el tiempo, y en un porvenir no lejano, el número de los clarividentes de competencia verdadera, aumentará lo suficiente para extender el círculo de los que conocen sus facultades, y hasta llegarán a abarcar toda la inteligencia y cultura de la humanidad civilizada, dentro de unas cuantas generaciones más.

Mientras tanto, el presente libro es el primero que se presenta como ensayo explorador del nuevo método de investigación histórica; y los que en el están interesados, no pueden menos de sonreírse al pensar cuán inevitablemente será tomado por una obra de la imaginación, durante algún tiempo todavía, por los lectores materialistas, incapaces de admitir la franca explicación que aquí damos acerca de cómo se ha obtenido.

En beneficio de los que sean más intuitivos, puede ser conveniente decir algunas palabras para que no supongan que por no ser obstáculo para la investigación por medio de la clarividencia astral, el tratar de períodos alejados de nosotros por cientos de miles de años, es por esto mismo un proceso que no envuelve trabajo alguno, Todos los hechos que se refieren en este volumen, han sido recogidos trozo a trozo con extremado cuidado en el curso de una investigación, en la que ha tomado parte más de una persona competente en los intervalos de otras ocupaciones, y durante algunos años.

Y para coadyuvar al buen éxito de su empresa, se les ha permitido examinar algunos mapas y otros anales conservados físicamente, de los períodos remotos aludidos, que se hallan mejor guardados que lo estarían por las razas turbulentas ocupadas en Europa en el desarrollo de la civilización durante los breves intervalos de descanso que les dejan las guerras, y oprimidas por un fanatismo que durante tanto tiempo consideró a la ciencia como sacrílega.

Sin embargo, por más laboriosa que haya sido la tarea, la considerarán ampliamente compensada los que se hagan cargo de cuán absolutamente necesaria para la debida comprensión del mundo, tal como le vemos, es el comprender su aspecto precedente atlante.

Sin este conocimiento, toda especulación referente a la etnología es fútil y errónea.

El curso del desenvolvimiento de las razas es un caos y una confusión sin la clave que proporcionan el carácter de la civilización atlante y la configuración de la tierra en aquellos tiempos.

Los geólogos saben que la superficie de la tierra y de los mares ha debido cambiar de lugar repetidamente durante el período en que, según saben también por la situación de los restos humanos en las diversas capas, estuvieron las tierras habitadas.

Y, sin embargo, por falta de un conocimiento exacto respecto de las épocas en que tuvieron lugar tales cambios, descartan toda la teoría de sus opiniones prácticas; y exceptuando ciertas hipótesis presentadas por algunos naturalistas al tratar del hemisferio meridional, han procurado, por regla general, armonizar la emigración de las razas con la configuración de la tierra tal como hoy existe.

De este modo se establece una confusión en todo lo pasado; y el esquema etnológico permanece tan vago y oscuro, que no llega a disipar el rudimentario concepto del principio de la humanidad que todavía impera en el pensamiento religioso, deteniendo el progreso espiritual de la época.

La decadencia y desaparición final de la civilización atlante, es tan instructiva como su elevación y gloria; pero ya he llevado a cabo el objeto principal de la breve explicación que me propuse, como introducción del libro que se presenta ahora al mundo; y si lo que he expuesto no es suficiente para hacer comprender su importancia a cualquiera de los lectores a quienes me dirijo, ninguna otra clase de recomendación mía seria capaz de obtener tal resultado.

A. P. SINNETT .

# HISTORIA DE LOS ATLANTES

## BOSQUEJO GEOGRÁFICO, HISTÓRICO Y ETNOGRÁFICO

Para hacerse cargo de la verdadera importancia de la narración que vamos a hacer, conviene averiguar cuáles son, en realidad, las noticias que poseemos sobre la vida de nuestra gran raza raíz, la quinta raza o raza aria.

Desde los tiempos de Grecia y Roma se han escrito volúmenes sobre volúmenes acerca de los pueblos que han alternado en el escenario de la Historia; se ha analizado y clasificado sus instituciones políticas, sus creencias religiosas, sus usos y costumbres sociales y domésticos, y obras sin cuento: escritas en todas las lenguas, consignan para provecho nuestro la marcha detallada del progreso.

Sin embargo, debe recordarse que sólo poseemos un fragmento de la Historia de esta quinta raza: los anales de las últimas familias de la subraza celta, y los de la primera familia de nuestro propio tronco: el teutónico.

Pero los cientos de miles de años que transcurrieron desde que los primitivos arios dejaron sus moradas en las orillas del mar central de Asia, hasta los tiempos de Grecia y Roma, fueron testigos del nacimiento y caída de innumerables civilizaciones.

De la primera subraza de nuestra raza aria, la cual habitó en la India y colonizó el Egipto en edades prehistóricas, nada sabemos en verdad; y lo mismo puede decirse de las naciones caldea, babilónica y asiria, que compusieron la segunda subraza; pues los pocos conocimientos deducidos de los jeroglíficos de las tumbas egipcias, y de las inscripciones cuneiformes de los ladrillos de Babilonia, recientemente descifrados, apenas puede asegurarse que constituyan historia.

Los persas, que pertenecieron a la tercera subraza, la irania, han dejado algunas huellas; pero de las primitivas civilizaciones de la cuarta subraza o celta, no tenemos anales de ninguna especie.

Sólo al nacer los últimos brotes de este tronco céltico, es decir, los pueblos griego y romano, entramos realmente en el período histórico.

Corre parejas con la ignorancia sobre este período pasado, la ignorancia sobre el porvenir; pues de las siete subrazas que son necesarias para completar la historia de una gran raza raíz, sólo cinco han existido hasta ahora.

Nuestra propia subraza teutónica, que es la quinta, ha producido ya muchas naciones, pero aún no ha terminado su carrera; mientras que las subrazas sexta y séptima que han de desarrollarse en los continentes Norte y Sur de América, habrán de dar miles de años a la historia.

Así, pues, al tratar de resumir en unas cuantas páginas las noticias acerca del progreso humano durante un período que debe de haber ocupado, por lo menos, tan gran espacio de tiempo como el acabado de indicar, se comprenderá cuán ligero tiene que ser este bosquejo.

La exposición del progreso del mundo durante el período de la cuarta raza o raza atlante, ha de abrazar la historia de muchas naciones, y registrar el nacimiento y ruina de civilizaciones numerosas.

A más de esto, tuvieron lugar en diversas ocasiones durante el desarrollo de esta raza, catástrofes tales cuales no las ha experimentado todavía nuestra quinta raza.

La destrucción de la Atlántida se realizó por una serie de catástrofes cuyo carácter varió desde los grandes cataclismos en que perecieron poblaciones y territorios enteros, hasta los hundimientos de terreno, relativamente sin importancia e iguales a los que hoy suceden en nuestras costas.

Una vez iniciada la destrucción por la gran catástrofe primera, los hundimientos parciales continuaron sin interrupción deshaciendo el continente con acción lenta, pero segura.

Hubo cuatro grandes catástrofes superiores a las demás en intensidad.

La primera acaeció en la edad miocena, hace 800.000 años poco más o menos (1).

La segunda, que fue de menos importancia, sucedió hace cosa de 200.000 años.

La tercera, ocurrida hace 80.000 años, fue muy grande; destruyó todo lo que quedaba del continente atlante, a excepción de la isla a la que Platón dio el nombre de Poseidon, la cual a su vez, se sumergió en la cuarta y última gran catástrofe, 9.564 años antes de la Era cristiana.

Ahora bien; el testimonio de los más antiguos escritores y las investigaciones científicas modernas afirman de consuno la existencia de un antiguo continente que ocupaba el lugar de la perdida Atlántida.

Antes de entrar en la narración que nos proponemos, conviene echar una ligera ojeada sobre las fuentes generalmente conocidas que suministran pruebas de lo dicho.

Estas pueden agruparse en cinco clases:

l) Los datos aportados por los sondeos del mar:

2) La distribución de la fauna y de la flora;

3) Las semejanzas de lenguaje y tipo etnográfico;

4) La semejanza de arquitectura, creencias y ritos religiosos; y

5) El testimonio de los antiguos escritores, de las tradiciones antiguas de las razas y de las leyendas arcaicas sobre el diluvio.

Primero.

En pocas palabras resumiremos las pruebas que aportan los sondeos del mar, merced a las expediciones de los cañoneros inglés y norteamericano Challenger y Dolphin principalmente (aunque Alemania se asoció también a esta exploración científica), el fondo de todo el Océano Atlántico está hoy trazado en mapas, resultando que existe un inmenso banco o sierra de gran elevación en medio de este mar.

Esta cordillera se extiende en dirección Sudoeste desde los 50° Norte hacia la costa de la América meridional, desde donde cambia en dirección Sudeste hacia las costas de Africa, cambiando de nuevo de dirección en los alrededores de la isla de la Ascensión, y enderezándose hacia el Sur rectamente hacia las islas de Tristán de Acunha.

Este banco se levanta súbitamente 9.000 pies del fondo de las profundidades que le rodean y las Azores, San Pablo, Ascensión y las islas de Tristán de Acunha son los picos de esta elevación de terreno que aún permanecen sobre el agua.

Se necesita una cuerda de 3.500 brazas (21.000 pies) para sondar las partes más profundas del Atlántico, mientras que las más elevadas del banco referido están solamente a ciento o unos cuantos cientos de brazas debajo del agua.

El sondeo muestra también que la cordillera está cubierta de restos volcánicos, de los cuales se encuentran huellas atravesando el Océano hacia las costas americanas.

Las investigaciones hechas durante la exploración aludida, han probado de un modo concluyente que el lecho del Océano, particularmente en la proximidad de las Azores, ha experimentado perturbaciones volcánicas de una proporción gigantesca en períodos geológicos que pueden determinarse.

Mr. Starkie Gardner opina que en el período eoceno formaban las islas británicas parte de una gran isla o continente, que se extendía hacia el Atlántico, y que “un tiempo existió una gran extensión de tierra firme, donde ahora hay mar, de cuyas más elevadas cimas son restos Cornwall, el Scilly, las islas del Canal, Irlanda y la Gran Bretaña”.

(2) Segundo.

Es un enigma para los biólogos y botánicos la existencia de especies similares o idénticas de la fauna y de la flora en continentes separados por los grandes mares.

Mas si alguna vez estuvieron estos continentes unidos de modo que fuese posible la natural emigración de tales plantas y animales, el enigma quedaría aclarado.

Ahora bien; los restos fósiles del camello se encuentran en la India, en Africa, en la América del Sur y en Kansas; mas es hipótesis generalmente aceptada por los naturalistas, que todas las especies de animales y plantas son oriundas de una sola parte del globo, desde la cual, como centro, se han esparcido por las demás.

¿Cómo, pues, puede explicarse la situación de tales restos fósiles sin la existencia de una comunicación terrestre en una remota edad? Recientes descubrimientos verificados en los yacimientos de Nebraska, parece también demostrar que el caballo tuvo su origen en el hemisferio occidental, pues sólo en aquella parte del mundo se han encontrado restos fósiles que ponen de manifiesto las diversas formas intermedias identificadas como precursoras del actual caballo.

Sería, pues, difícil explicar la presencia del caballo en Europa, sin la hipótesis de continuas comunicaciones terrestres entre los dos continentes, puesto que es cosa cierta que el caballo existía en estado salvaje en Europa y en Asia antes de que fuese domesticado por el hombre, lo cual tuvo lugar casi en la Edad de Piedra.

El ganado lanar y el vacuno, tales como los conocemos hoy, tienen igualmente un abolengo remoto.

Darwin opina que había en Europa, en el primer período de la Edad de Piedra, ganado vacuno domesticado, el cual procedía de tipos salvajes de la familia del búfalo de América.

También existen en el Norte de América restos del león de las cavernas de Europa.

Pasando ahora del reino animal al vegetal, se observa que la mayor parte de la flora del período mioceno de Europa que se encuentra principalmente en los yacimientos fósiles de Suiza existe al presente en América y algunas especies en Africa; pero el hecho notable, a propósito de América, es que mientras se halla dicha flora en gran proporción en los Estados Orientales, faltan muchas especies en las costas del Pacífico.

Esto parece mostrar que entraron en aquel continente por el lado del Atlántico.

El profesor Asa Gray dice que, de los 66 géneros y 155 especies encontradas en los bosques, al Este de las Montañas Rocosas, sólo 31 géneros y 78 especies se ven al Occidente de estas alturas.

Pero el mayor problema de todos es el del plátano.

El profesor Kuntze, eminente botánico alemán, pregunta: «¿Cómo pudo llegar a América esta planta, originaria de comarcas tropicales de Asia y África, y que no resiste un viaje al través de la zona templada?» Según él mismo indica, es una planta sin semillas, que no puede propagarse por sección, ni tiene tubérculos que puedan transportarse fácilmente.

Su raíz es arbórea.

Para trasladar esta planta se necesita un cuidado especial, y además no puede resistir una larga travesía.

La única explicación que se le ocurre a este naturalista para dar razón de la presencia del plátano en América, es suponer que fue llevado allí por el hombre civilizado en un tiempo en que las regiones polares gozaban de clima tropical (!).

Más adelante añade: «una planta cultivada que no tiene semillas, debe de haber estado bajo la acción del cultivo durante un período muy largo... lo más natural es inferir que estas plantas fueron cultivadas desde el principio del período diluviano» .

¿Por qué -podría preguntársele- no ha de llevarnos más atrás esta hipótesis, a tiempos aún más remotos? Y ¿dónde hallaremos civilizaciones a propósito para el cultivo de la planta, o el clima y circunstancias requeridas para su transporte, a no ser que supongamos que hubo en alguna época un lazo de unión entre el antiguo y el nuevo continente? El profesor Wallace, en su interesante obra Island Life, así como otros escritores en muchas obras importantes, han emitido ingeniosas hipótesis para explicar la identidad de la flora y de la fauna en territorios muy apartados unos de otros, y el transporte de las especies al través del Océano, pero sus razones no son convincentes y fallan en diferentes puntos.

Es cosa sabida que el trigo, tal cual le conocemos, no ha existido jamás en verdadero estado silvestre, ni hay prueba alguna por donde rastrear su descendencia de especies fósiles.

Cinco variedades de trigo se cultivaban ya en Europa en la Edad de Piedra, una de las cuales, encontrada en las moradas lacustres, se conoce por trigo de Egipto; de lo cual deduce Darwin que los habitantes de los lagos, o sostenían tráfico aún con algún pueblo meridional, o procedían originariamente del Sur como colonizadores; y concluye que el trigo, la cebada, la avena, viene de diversas especies ya extinguidas, o tan enteramente distintas de aquéllas, que no permiten su identificación, por lo que dice: «El hombre debe de haber cultivado los cereales desde un período enormemente remoto».

Las regiones donde estas especies extintas florecieron y la civilización bajo la cual fueron cultivadas por una selección inteligente, nos las suministra continente perdido, cuyos emigrantes las llevaron a Oriente y Occidente.

Tercero.

De la fauna y la flora pasemos al hombre.

El Lenguaje -La lengua euskera permanece aislada entre los idiomas europeos, sin tener afinidad con ninguno de ellos.

Según Farrar, «nunca ha sido dudoso que este lenguaje, que conserva su identidad en un rincón occidental de Europa, en medio de dos poderosos reinos, se parece en su estructura a los idiomas aborígenes del continente frontero (América) y a ellos solamente (Families of Speech, pág. 132).

Los fenicios fueron, al parecer, los primeros que usaron en el hemisferio oriental un alfabeto fonético, cuyos caracteres son meros signos de los sonidos.

Es un hecho curioso el que en una edad tan remota se encuentre también un alfabeto fonético en la América central, entre los Mayas del Yucatán, cuyas tradiciones referían el origen de su cultura a un país del oriente, allende el mar.

Le Plongeon, gran autoridad en el asunto, escribe: «Una tercera parte de este idioma (el Maya) es puro griego.

¿Quién llevó la lengua de Homero a América, o quién trajo a Grecia la de los Mayas? El griego es un vástago del sánscrito.

¿Lo es el Maya, o son coetáneos?» Aún más sorprendente es que trece letras del alfabeto Maya tengan una relación muy clara con los signos jeroglíficos de Egipto correspondientes a las mismas letras.

Es probable que la primitiva forma del alfabeto fuese la jeroglífica, «la escritura de los dioses » , según la llamaban los egipcios, y que más tarde se convirtió en la Atlántida, en fonética.

Natural sería suponer que los egipcios fueron una colonia muy antigua de los atlantes (y así lo fueron en realidad), y que llevaron consigo el tipo primitivo de la escritura, que de este modo ha dejado sus huellas en ambos hemisferios, mientras que los fenicios, que eran gente marinera, adquirieron y se asimilaron la última forma de su alfabeto en su comercio con los pueblos del Occidente.

Un punto más debe notarse, y es la extraordinaria semejanza entre muchas palabras del hebreo y las voces que tienen precisamente el mismo significado en el idioma de los chapenecas, rama de la raza Maya y de las más antiguas de la América central.

Una lista de estas voces aparece en la pág. 475 de North Americans of Antiquity.

La semejanza de lenguaje de varias razas salvajes de las islas del Pacífico se ha empleado como argumento por escritores en esta materia.

La existencia de idiomas similares hablados por razas separadas por muchas leguas de mar, a través del cual no se les ha conocido comunicación en tiempos históricos, es ciertamente un argumento en favor de su descendencia de una raza única que ocupara un solo continente; mas este argumento no puede ser aplicado a nuestro propósito, porque el continente de que dichas islas formaron parte no fue la Atlántida, sino el más antiguo aún de Lemuria.

Tipos étnicos - La Atlántida, como veremos, se dice que fue habitada por razas rojas, amarillas, blancas y negras.

Ahora bien; las investigaciones de Le Plongeon, de Quatrefages, de Bancroft y otros, han mostrado que las poblaciones oscuras del tipo negro africano existían aun en tiempos muy recientes en América.

Muchos de los monumentos de la América Central presentan en su decorado semblantes de negros, y muchos de los ídolos allí encontrados son indudables representaciones de hombres de esta raza, con sus cráneos pequeños, gruesos labios y su cabello corto y lanudo.

El Popul Vuh, hablando de la primera morada de la raza guatemalteca, dice: «hombres negros y blancos juntamente» vivían en esta tierra feliz «en gran paz», hablando «una misma lengua».

(Véase Native Races, de Bancroft, pág. 547).

El Popol Vuh continúa refiriendo cómo aquel pueblo emigró del país de sus abuelos; cómo llegó a alterarse su lenguaje, y cómo algunos pasaron al Este mientras otros se trasladaron al Oeste (América Central) .

El profesor Retzius, en su Smithsonian Report , considera que los primitivos dolicocéfalos de América están íntimamente relacionados con los guanches de las islas Canarias y con la población de la costa africana del Atlántico, población a la cual Latham designa con el nombre de egipcio-atlante.

La misma forma de cráneo se encuentra en las islas Canarias, al lado de la costa de África, que en las islas Caribes, junto a la costa americana, y el color de la piel es en ambas poblaciones rojizo oscuro.

Los antiguos egipcios se representaban a sí mismos como hombres rojos, del mismo aspecto que hoy se ve en algunas tribus de indios americanos.

«Los antiguos peruanos -dice Sholt- parece que fueron una raza de cabello castaño, a juzgar por las numerosas muestras de pelo encontradas en sus tumbas» .

Hay un hecho notable a propósito de estos pueblos de América, el cual es un enigma indescifrable para los etnólogos, y es la muchedumbre de colores y aspectos, que entre ellos se encuentra.

Desde la blancura de las tribus menominea, dacota, mandana y zuni, en las cuales abundan los tipos de cabello castaño y ojos azules, hasta la obscuridad, que casi se confunde con las del negro africano, de los k aros de Kansas, y de las ya extinguidas tribus de California, las razas indias presentan todos los matices: rojo oscuro, cobrizo, aceitunado, cinamomo y bronco.

(3) Prosiguiendo nuestro discurso, veremos como la variedad de color, en el continente americano, se explica por los colores de las razas originales del continente atlante, de donde son oriundos los pueblos del Nuevo Mundo.

Cuarto.

Ninguna cosa parece haber sorprendido más a los primeros aventureros españoles en México y en el Perú, que la extraordinaria semejanza de las creencias, ritos y emblemas religiosos que allí encontraron establecidos, con los del Viejo Continente.

Los sacerdotes españoles consideraron esta semejanza como obra del diablo.

La adoración de la cruz por los naturales, y su constante presencia así en los edificios religiosos, como en las ceremonias, fue el motivo principal de su asombro; ya la verdad, en ninguna parte, ni siquiera en la India y en Egipto, fue este símbolo tenido en mayor veneración que entre las tribus primitivas del continente americano, siendo la misma la significación que encerraba su culto.

En Occidente, como en Oriente, la cruz era el símbolo de la vida: a veces de la vida física; con más frecuencia, de la vida eterna.

Del mismo modo era universal en ambos hemisferios la adoración del disco del solo círculo y de la serpiente, y aún más sorprendente es la semejanza de la palabra que significa "Dios" en los principales idiomas orientales y occidentales.

Compárese el Dyaus o Dyaus-Pitar, sánscritos; el Theos y Zeus, griegos; el Deus y Júpiter, latinos; el Día y Ta, celtas (el último pronunciado Zia, y al parecer afin al Tau egipcio); el Jah o Zrh judíos, y, últimamente el Teo o Zeo mexicanos.

Todas las naciones practicaban ritos bautismales.

En Babilonia y Egipto los candidatos a la iniciación en los misterios eran primeramente bautizados.

Tertuliano, en su tratado De Baptismo, dice que se les prometía como consecuencia «la regeneración y el perdón de todos sus perjurios» .

Las naciones escandinavas bautizaban a los recién nacidos; y si pasamos a México y al Perú, encontraremos el bautismo de los niños como ceremonia solemne, consistente en aspersiones de agua, aplicación de la señal de la cruz y recitación de plegarias para limpiarles de pecado.

(Véase Mexican Researches, de Humbolt, y Mexico, de Prescott).

Además del bautismo, las tribus de Méjico, de la América Central y del Perú se parecían a las naciones del Viejo Mundo por sus ritos de la confesión, la absolución, el ayuno y el matrimonio con la unión de manos ante el sacerdote.

Tenían también una ceremonia semejante a la comunión, en que se consumía una pasta de harina, marcada con la Tau (forma egipcia de la cruz), y a la que el pueblo llamaba la carne de su Dios.

Ésta, a manera de hostia, guardaba exacto parecido con las tortas sagradas de Egipto y de otras naciones orientales.

También, a semejanza de estas naciones, los pueblos del Nuevo Continente tenían órdenes monásticas, así de hombres como de mujeres, donde se castigaba con la muerte el quebrantamiento de los votos.

Embalsamaban los cadáveres al modo de los egipcios, y adoraban al sol, la luna y los planetas, pero por cima de todo tributaban culto a una divinidad «Omnipresente, Omnisciente... invisible, incorpórea, un Dios de toda perfección » .

(Historia de Nueva España, de Sahagún, libro VI).

Tenían también su Diosa Virgen y madre, «Nuestra Señora» , cuyo hijo, el «Señor de Luz» , era llamado, «el Salvador», correspondiendo exactamente a Isis Beltis y las demás diosas vírgenes del Oriente, con sus hijos divinos.

Los ritos de su culto al sol y al fuego, tenían íntimo parecido con los de los primitivos celtas de la Gran Bretaña e Irlanda, y como éstos se creían «hijos del Sol» .

El arca o argha fue uno de ]os símbolos sagrados universales, encontrando así en la India, Caldea, Asiria, Egipto y Grecia, como entre los pueblos celtas.

Lord Kingsborough, en su obra Mexican Antiquities (volumen VIII, pág. 250), dice: «Así como entre los judíos el arca era una especie de altar portátil en que suponían continuamente presente la divinidad, así también los mejicanos, los cheroques y los indios de Michoacan y de Honduras profesaban la mayor veneración a un arca, teniéndola por objeto demasiado sagrado para que pudiese tocarla alguien que no fuese sacerdote».

Por lo que respecta a la arquitectura religiosa, vemos que en los dos lados del Atlántico fue la pirámide una de las primeras construcciones sagradas.

Aun siendo dudoso el empleo a que estos monumentos fueron destinados en su origen, es positivo, sin embargo, que estaban íntimamente relacionados con las ideas religiosas.

La identidad de su traza, ya en Egipto, ya en Méjico, o en la América Central, es demasiado chocante para que se le considere como mera coincidencia.

Verdad es que algunas de las pirámides americanas - el mayor número son de la forma truncada o aplanada; mas sin embargo, según Bancroft y otros, muchas de las encontradas en Yucatán, y particularmente las próximas a Palenque, acaban en punta, a la manera egipcia, mientras que hay también en Egipto pirámides del tipo escalonado y aplanado.

Cholula ha sido comparada a los grupos de Dachour Sakkara y a la pirámide escalonada de Medourn.

Asimismo la orientación la estructura y hasta las galerías y cámaras interiores de estos misteriosos monumentos de Oriente y Occidente, atestiguan que sus constructores se inspiraron al trazarlos en una idea común.

Las grandes ruinas de las ciudades y templos del Yucatán, y aun de todo Méjico, tienen una extraña semejanza con las de Egipto, habiéndose comparado muchas veces las ruinas de Teotihuacan con las de Karnak.

El «falso arco» -formado por hileras de piedras horizontales que resaltan ligeramente una de otra - se encuentra construído del mismo modo en la América Central, en los más antiguos edificios de Grecia y en los restos etruscos.

Los constructores de túmulos, así en uno como en otro continente, los hacían similares y colocaban dentro de ellos los cadáveres en idénticos sarcófagos de piedra.

Ambos hemisferios tienen también sus grandes montículos espirales; compárese el de Adams Co (Ohio) con el acabado montículo espiral descubierto en Argyleshire, o con el ejemplar menos perfecto de Avebury en Wilts.

El tallado y decorado de los templos de América, de Egipto y de la India, tienen mucho de común, y algunas de las decoraciones murales son completamente idénticas.

Quinto.

Sólo nos resta dar un breve resumen de las noticias sacadas de escritores antiguos, de tradiciones de razas primitivas y de las leyendas arcaicas del diluvio.

AEliano, en su Varia historia (lib. III, cap. XVIII), declara que Theopompo (400 años antes de la Era cristiana) daba noticia de una entrevista del Rey de Frigia y Sileno, en que el último hizo referencia a un gran continente más allá del Atlántico, de mayor extensión que Asia, Europa y Libia juntas.

Prodo hace una cita de un antiguo escritor relativa a las islas del mar que está al otro lado de las columnas de Hércules (Estrecho de Gibraltar), y dice que los habitantes de una de ellas tenían la tradición de una isla muy extensa llamada Atlántida, que por mucho tiempo dominó sobre las demás de aquel Océano.

Marcelo habla de siete islas del Atlántico cuyos habitantes conservan memoria de otra isla mucho mayor, la Atlántida, «que durante un largo período ejerció soberanía sobre las pequeñas».

Diodoro Siculo refiere que los fenicios descubrieron «una gran isla en el Océano Atlántico, más allá de las columnas de Hércules, a algunos días de navegación de la costa de Africa» .

Pero la mayor autoridad en el asunto es la de Platón.

En el Timeo alude a la isla continente; mas el Critias o Atlántico viene a ser la relación detallada de la historia, artes, usos y costumbres de aquel pueblo.

En el Timeo hace referencia a «un inmenso poder guerrero que, lanzándose desde el mar Atlántico, se extendió con furia por toda Europa y Asia.

Pues por este tiempo aquel Océano era navegable y había en él una isla frente a la embocadura que llamáis columnas de Hércules.

Pero esta isla era más grande que la Libia y el Asia juntas, y daba fácil acceso a otras islas vecinas, siendo igualmente fácil pasar de estas últimas a todos los continentes que baña el mar Atlántico» .

Es tanto el valor del Critias, que no se sabe qué escoger en él.

Pero tiene especial interés el siguiente párrafo, por referirse a los recursos materiales de aquel país: «Estaban igualmente provistos así en su ciudad como en cualquier otro punto, de todo lo apetecible para los usos de la vida.

Se surtían ciertamente de muchas cosas en otras comarcas, por razón de ser extenso su imperio; pero la isla les suministraba la mayor parte de lo que necesitaban.

En primer lugar, sacaban de sus minas los metales y los fundían; y el oricaldo que hoy rara vez se menciona, era entre ellos muy celebrado; se sacaba de la tierra en muchas partes de la isla, y se le consideraba como el más precioso de todos los metales, excepto el oro.

La isla producía también, en abundancia, maderas de construcción.

Había asimismo sobrados pastos para animales domésticos y selváticos.

Existía un prodigioso número de elefantes, pues los pastos eran bastantes a regalar cuanto en lagos, ríos, llanuras y montañas se alimenta.

Y de la misma manera había suficiente sustento para la más extensa y más voraz especie de animales.

Además de esto, cuanto al presente produce la tierra de oloroso, raíces, yerbas, maderas, jugos, gomas, flores o frutos, todo lo producía la isla y lo producía bien».

Los galos tenían tradiciones de la Atlántida, las cuales fueron recogidas por el historiador romano Timógenes, que vivió en el siglo anterior a Cristo.

Tres pueblos de apariencia distinta habitaban las Galias.

Primeramente la población indígena (restos probables de la raza lemura); en segundo lugar, los invasores que procedían de la lejana isla Atlántida, y últimamente los ario-galos (véase Pre-adamites, página 380).

Los toltecas de México se consideraban oriundos de un país llamado Atlan o Aztlan; los aztecas también remontaban su origen a Aztlan (véase Native Races de Bancroft, vol. V, págs, 221 y 321).

El Popul Vuh (pág. 294) habla de una visita que tres hijos del Rey de Quiches hicieron a una tierra «al Este, a orillas del mar, de la cual sus padres habían venido», y de donde aquellos trajeron, entre otras cosas, «un sistema de escritura» (véase también Bancroft, vol. V, pág. 553).

Existe entre los indios de la América del Norte, muy difundida, una leyenda sobre la procedencia de sus antepasados de una tierra «hacia el nacimiento del sol».

Los indios Jowas y Dakotas, según afirma el mayor J. Lind, creían que «todas las tribus indias formaban antiguamente una sola, y que vivieron juntas en una isla... hacia el nacimiento del sol».

Desde allí cruzaron el mar en enormes piraguas, a las cuales los antiguos Dakotas navegaron semanas enteras, ganando al fin la tierra.

Declaran los libros de la América Central, que una parte de aquel continente se extendía mar adentro en el Océano, y que esta región fue destruida por una serie de espantosos cataclismos sucedidos a largos intervalos, de tres de los cuales hacen frecuente referencia (Véase Ancient América, de Waldwin, pág. 176).

Es curiosa la confirmación de esta creencia por la leyenda de los celtas de Bretaña, que presentaba a su país extendiéndose antiguamente por el Atlántico, y luego destruido.

Tres catástrofes se mencionan en las tradiciones de Gales.

De la divinidad mexicana, Quetzalcoatl se creía que vino del “lejano Oriente”.

Se le representaba como un hombre blanco de luenga barba (nótese que los indios americanos no tienen barba).

Este Dios les enseñó la escritura y reguló el calendario mexicano.

Después de haberles aleccionado en las artes pacificas se embarcó de nuevo en dirección al Este en una canoa de piel de serpiente (véase North American of Antiquity de Short, págs. 268 y 271).

La misma historia se hacía de Zamna, civilizador del Yucatán.

Sólo queda por tratar la maravillosa uniformidad de las leyendas del diluvio en todas las partes del mundo.

Que aquéllas sean versiones arcaicas de la historia de la perdida Atlántida y de su hundimiento, o ecos de una gran alegoría cósmica, un tiempo enseñada y tenida en veneración en algún centro común, desde el cual se difundiera a todos los confines del mundo, no es cuestión que por el momento nos importe.

Basta para nuestro objeto mostrar la aceptación universal de estas leyendas.

Ocioso seria repetir las historias del diluvio una por una; es suficiente decir que en la India, en Caldea, Babilonia, Media, Grecia, Escandinavia y China, así como entre judíos y celtas, la leyenda es completamente idéntica en todo lo esencial.

Y volviendo al Occidente ¿qué encontramos? La misma historia en todos sus detalles, conservada por los mexicanos, (cada una de cuyas tribus tenía su versión), por los guatemaltecos, peruanos y habitantes de Honduras, y por casi todas las tribus indias de la América del Norte.

Sería pueril sostener que en una mera coincidencia esté la explicación de esta identidad fundamental.

Con la siguiente cita del famoso manuscrito troano que existe en el Museo británico y que ha traducido Le Plongeon, pondremos término a esta parte del asunto.

El manuscrito troano parece haber sido escrito hace unos 3.500 años entre los mayas del Yucatán.

He aquí la descripción que hace de la catástrofe que sumergió la isla de Poseidón: «En el año 6 Kan, en el undécimo Muluc del mes Zac, hubo terribles terremotos que siguieron sin interrupción hasta el décimo tercio Chuen.

El país de los montículos de lodo, la tierra de Mu, creció; elevada por dos veces, desapareció durante la noche, sacudidas sin cesar las profundidades por fuerzas volcánicas.

Faltando a éstas la salida, hundían y elevaban la tierra en diferentes sitios.

Al fin cedió la superficie, y diez comarcas, hechas pedazos, fueron esparcidas.

Incapaces de resistir la fuerza de las convulsiones, se hundieron con sus 64 millones de habitantes, 8.060 años antes de que este libro fuera escrito».

Pero ya hemos dedicado bastante espacio a las noticias más o menos autorizadas sobre el particular que hasta ahora hemos tenido a mano.

Los que tengan interés en continuar las investigaciones en alguna dirección de las indicadas, pueden acudir a las distintas obras de que hemos hecho mérito.

* * *

Vamos ahora a entrar de lleno en el asunto.

Los hechos que nos proponemos exponer no son fruto de presunciones o conjeturas, sino que han sido sacados de anales contemporáneos, formados y transmitidos a través de las edades de que vamos a tratar.

Acaso el que esto escribe no haya comprendido en toda su plenitud estos hechos, y así será posible que en algún punto los relate imperfectamente.

Pero los anales auténticos están a disposición de los investigadores debidamente calificados; y aquellos que se hallen dispuestos a adquirir la enseñanza necesaria, pueden adquirir la facultad de comprobarlos y cotejarlos.

Mas aunque todos los anales ocultos estuviesen expuestos a nuestra vista, siempre tendría que ser reducido el bosquejo en que se intentara resumir en pocas páginas la historia de razas y naciones que han vivido, cuando menos, muchos cientos de miles de años.

No obstante, ciertos pormenores sobre asunto tal, por inconexos que sean, constituyen una novedad, y han de ofrecer, por tanto, interés a la generalidad de las gentes.

Entre los documentos a que hemos aludido hay mapas del mundo en diversos períodos de su historia, de los cuales se ha permitido sacar cuatro copias más o menos completas, por gran privilegio, al autor de esta obra.

Representan los cuatro a la Atlántida y tierras circunvecinas en diferentes épocas de su historia.

Estas épocas corresponden aproximadamente a los períodos comprendidos entre las catástrofes dichas, y dentro de estos períodos, representados por los cuatro mapas, se agrupan los acontecimientos de la raza atlante.

Antes de comenzar esta historia, sin embargo, conviene hacer algunas indicaciones sobre la geografía de aquellas cuatro épocas.

El primer mapa representa la superficie de la tierra tal como era hace un millón de años, cuando la raza atlante estaba en su apogeo, antes de la primera gran sumersión, acaecida 800.000 años hace.

El continente de la Atlántida, como puede observarse, se extendía desde un punto, algunos grados al Este de Islandia, hasta poco más o menos el sitio que hoy ocupa Río de Janeiro, en la América del Sur.

Desde Texas, cuyo territorio comprendía, así como el golfo mexicano y los Estados meridionales y orientales de América hasta el Labrador inclusive, se alargaba a través del Océano hasta las islas británicas -Escocia e Irlanda y una pequeña porción del Norte de Inglaterra formaban uno de sus promontorios- mientras sus tierras ecuatoriales abarcaban el Brasil y toda la extensión del Océano hasta la costa de Oro, en África.

Se ven también en este mapa fragmentos diseminados de los que un día habían de ser continentes de Europa, África y América, así como los restos de un continente todavía más antiguo y en otro tiempo grandemente extendido: el de Lemuria.

Asimismo se indican con color azul, como los de Lemuria, los restos del continente hiperbóreo, anterior aún al último, y que fue la morada de la segunda raza raíz.

Según se verá por el segundo mapa, la catástrofe de hace 800.000 años operó grandes cambios en la distribución de tierras en el globo.

El gran continente aparece despojado de sus regiones septentrionales, y el resto quedó roto.

El continente americano, entonces en vías de crecimiento, está separado por un brazo de mar de su tronco el continente Atlante; y ya éste no comprende tierra alguna de las que hoy existen, sino que ocupa gran extensión del Atlántico, desde los 50 grados de latitud Norte, hasta unos pocos grados al Sur del Ecuador.

Los hundimientos y elevaciones en otras partes del globo habían sido también considerables; las islas británicas, por ejemplo, forman ya parte de una inmensa isla que abraza también la península escandinava, el Norte de Francia, todos los mares comprendidos entre estos territorios, y alguna parte de los mares exteriores.

Las dimensiones de los restos de Lemuria han disminuido, mientras que Europa, África y América han aumentado en extensión.

El tercer mapa muestra los resultados de la catástrofe de hace cerca de 200.000 años.

Con excepción de los rompimientos en los continentes atlántico y americano, y de la inmersión del Egipto, se observará de cuán menor importancia, relativamente, fueron los hundimientos y elevaciones de terrenos en esta época; y ciertamente el hecho de que esta catástrofe no ha sido considerada siempre como una de las grandes, aparece bien claro de la cita que hemos hecho del libro sagrado de los guatemaltecos, donde sólo se menciona tres de aquel grado.

Sin embargo, la isla escandinava aparece ya unida al continente.

La Atlántida se ha partido en dos islas, las cuales llevaron los nombres de Ruta y Daitya.

Los efectos estupendos de la convulsión acaecida hace 80.000 años, están de manifiesto en el cuarto mapa.

Daitya, la más pequeña y meridional de las dos islas susodichas ha desaparecido casi del todo, y de Ruta queda solamente la isla relativamente pequeña de Poseidón.

Este mapa fue hecho hace 72.000 años, y representa sin duda con exactitud la superficie terrestre desde este período acaecieron menores mudanzas.

Nótese que los contornos terrestres habían comenzado entonces a tomar, en general, la apariencia que hoy día tienen, aunque las islas británicas estaban aún unidas al continente europeo, el mar Báltico no existía, y el desierto de Sahara formaba parte del lecho del Océano.

Debemos hacer una somera referencia de los Manus, asunto místico en extremo, como preliminar necesario a la explicación del origen de una raza raíz.

En la Conferencia XXVI de la Sociedad Teosófica de Londres, se trató de la obra que estos seres sublimes llevan a cabo, la cual abraza no sólo el plan de los tipos de todo el Manvantara, sino también la dirección asidua de la formación y enseñanza de cada raza raíz.

La siguiente sita se refiere a esta labor: “Hay también Manus cuyo deber consiste en actuar del mismo modo respecto a cada raza raíz, en cada planeta de la Ronda.

Un Manu, simiente de la especie humana, traza el progreso del tipo que sucesivamente corresponde a cada raza, y otro Manu, que es la raíz, se encarna realmente en la nueva raza como guía y maestro, para dirigir su desarrollo y asegurar su mejoramiento”.

La manera cómo el Manu a quien corresponde, efectúa la selección de los ejemplares humanos, y sigue cuidando de la comunidad nuevamente formada, se explicará acaso en otra conferencia.

Mas por ahora basta la mera indicación del procedimiento.

De una de las subrazas de la tercera raza raíz que habitaba el Continente de Lemuria, del que ya hemos hablado, se hizo por decontado la selección de los ejemplares destinados a producir la cuarta raza.

Sin perjuicio de seguir la historia de esta raza a través de los cuatro períodos representados por los cuatro mapas, es oportuno hacer las siguientes divisiones: Origen de las diversas subrazas y territorios que habitaron; Instituciones políticas de cada una de ellas; Sus emigraciones a otras partes del mundo; Artes y ciencias que cultivaron; Usos y costumbres; Florecimiento y decadencia de sus ideas religiosas.

## LAS SUBRAZAS ATLANTES

Los nombres de las diferentes subrazas, son: Rmoahal; Tlavatli; Tolteca; Turania primitiva; Semita originaria; Akadia; Mongola.

Es necesario explicar por qué hemos elegido estos nombres.

Cuando los etnólogos modernos han descubierto huellas de una de estas subrazas, o siquiera identificado una pequeña parte de alguna, empleamos el nombre que le han dado para mayor sencillez; pero como apenas hay de las dos primeras subrazas, huella de que la ciencia pueda apoderarse, las designamos con los mismos nombres que usaron.

El período representado por el mapa número 1, manifiesta la superficie terrestre según existía hace un millón de años; pero la raza Rmoahal nació hace de cuatro a cinco millones de años, período en el cual existían aún extensas porciones del gran continente meridional de Lemuria, mientras que la Atlántida no había adquirido las proporciones que íntimamente alcanzó.

En un promontorio de esta tierra de Lemuria surgió la raza Rmoahal.

Aproximadamente puede colocarse este punto en el 7.0 de latitud Norte y el 5.0 de longitud Oeste, que en los Atlas modernos viene a caer en la costa de los Ashantis.

Era aquél un país cálido y húmedo, y allí vivían, en pantanosos cañaverales y en bosques sombríos, enormes animales antidiluvianos.

Los restos fósiles de aquellas plantas se encuentran hoy en los yacimientos hulleros.

Los rmoahales eran una raza oscura de color de caoba.

Su talla en los primitivos tiempos, era de 10 a 12 pies, talla de verdaderos gigantes; pero andando el tiempo, disminuyó gradualmente, como sucedió a todas las demás razas a su vez, y por último, quedó reducida a la estatura del hombre de Furfooz.

Últimamente, emigraron a las costas meridionales de la Atlántida, donde sostuvieron continuas guerras con las subrazas sexta y séptima de los lemures que habitaban aquel país.

Una gran parte de estas tribus, recorriendo al acaso el continente, paró en el Norte, mientras que las restantes se establecieron al Mediodía, mezclándose con los aborígenes lemures.

Resultó de esto, que en el período de que estamos tratando, al que se refiere el primer mapa, no había ya pureza de sangre en las comarcas del Sur; y, según veremos, andando el tiempo, los conquistadores toltecas sacaron sus esclavos de estas razas oscuras que habitaban las provincias ecuatoriales y el extremo meridional del continente.

La parte de la raza Rmoahal que se conservó pura, entró en las penínsulas al Nordeste, próximas a Islandia, donde habitaron por generaciones sin cuento, adquiriendo gradualmente un color más claro, a tal punto, que en la fecha del primer mapa, la encontramos constituyendo un pueblo de relativa belleza.

Sus descendientes vinieron a ser, con el tiempo, súbditos de los reyes semitas, nominalmente al menos.

Aunque hemos dicho que habitaron en el Norte por generaciones sin cuento, esto no implica que su permanencia allí no sufriese interrupciones; pues la fuerza de las circunstancias les empujó a veces hacia el Sur.

Aunque el frío de las épocas glaciales influyó también como es natural, sobre las demás razas, viene bien que digamos aquí las pocas palabras que hemos de dedicar a este asunto.

Sin entrar en la cuestión de los diversos movimientos de la tierra, ni en los varios grados de excentricidad de su órbita, en cuya combinación se ha creído ver a veces la causa de los períodos glaciales, es un hecho -por cierto ya reconocido por algunos astrónomos- que cada 30.000 años sobreviene una época glacial de las menores.

Además de éstas, hubo dos ocasiones en la historia de la Atlántida, en que el cinturón de hielo no asoló únicamente las regiones del Norte, sino que invadiendo la mayor parte del continente, forzó a todos los seres vivos a emigrar hacia las tierras ecuatoriales.

La primera vez ocurrió en los días de los rmoahales, hace tres millones de años, y la segunda durante el predominio de los toltecas, 850.000 años antes de nuestras edades.

Por lo que hace a los períodos glaciales, debe consignarse que aunque los habitantes de las comarcas del Norte se veían obligados a trasladarse durante el invierno muy al Mediodía del cinturón del hielo, había, sin embargo, grandes territorios, a los cuales podían volver en el verano, y donde acampaban para cazar hasta que el frío del invierno les echaba de nuevo hacia el Sur .

Los Tlavatlis o segunda subraza, tuvieron origen en una isla situada a corta distancia de la costa occidental de la Atlántida.

Este sitio está marcado en el primer mapa con el número 2.

De allí se extendieron a la Atlántida, ocupando las regiones centrales, y gradualmente subieron al Norte, hacia las costas que caían frente a la Groenlandia.

Físicamente, eran una raza vigorosa y dura, de color rojo oscuro, pero no tan altos como los Rmoahales, a quienes empujaron más aún hacia el Norte.

Fueron siempre un pueblo aficionado a la vida de las montañas, y su principal asiento estuvo en las comarcas montañosas del interior, las cuales, comparando los mapas 1 y 4, se verá que tenían aproximadamente los contornos de lo que al cabo llegó a ser isla de Poseidón.

En el período del primer mapa poblaron también, como se ha dicho, las costas septentrionales, y con el tiempo, mezclados con sangre tolteca, habitaron las islas occidentales que en su día formaron parte del continente americano.

Pasemos ahora a la raza tolteca, o tercera subraza.

Ésta representó un gran desarrollo en el tipo humano.

Imperó sobre todo el continente de la Atlántida por miles de años, con gran poderío y gloria, y tan dominante y bien dotada de vitalidad fue esta raza, que sus mezclas con las siguientes subrazas no pudieron modificar el tipo, que permaneció siempre esencialmente tolteca; cientos y miles de años más tarde encontramos una de sus más remotas ramificaciones, gobernando de un modo grandioso en México y el Perú, muchos siglos antes de que sus degenerados descendientes fuesen conquistados por las feroces tribus aztecas, procedentes del Norte.

El color de esta raza era también rojo oscuro, pero era aún más roja o más cobriza que los tlavatlis.

Tenían también talla de gigantes, midiendo por término medio ocho pies de altura, en el período de su supremacía, pero menguaron como todas las razas hasta llegar a la estatura corriente.

Su tipo fue un adelanto sobre el de las subrazas anteriores; sus facciones eran rectas y acentuadas, no muy distintas de las de los antiguos griegos.

La cuna de esta raza puede verse marcada en el primer mapa con el número 3.

Caía cerca de la costa occidental de la Atlántida, a los 30° de latitud Norte aproximadamente, y por solos toltecas fue poblada la totalidad de los países circunvecinos que abrazaban toda la extensión de las costas del Poniente.

Pero, como veremos cuando se trate de su organización política, su territorio se extendió en determinados períodos a través del continente, y desde su gran capital, fundada en las costas orientales, ejercieron los emperadores toltecas su dominio casi tlniversal.

Se designa a estas tres primeras subrazas con el nombre de «razas rojas», y entre ellas y las cuatro siguientes no hubo al principio mucha mezcla de sangre.

Las últimas, aunque muy diferentes entre sí, han sido llamadas «amarillas», color que más propiamente caracteriza a las turania y mongola, pues la semita y acadia eran relativamente blancas.

La subraza cuarta, o turania, tuvo su origen a la banda oriental del continente, y al Sur del país montañoso habitado por el pueblo tlavatli.

Este lugar está marcado con el número 4 en el primer mapa.

Los turianos fueron colonizadores desde sus primeros tiempos, y emigraron en gran número a las tierras que se extendían al Este de la Atlántida.

Nunca fue ésta una raza dominadora en su propio continente, aunque algunas de sus tribus y familias llegaron a ser muy poderosas.

Las grandes regiones centrales del continente, situadas al Oeste y al Mediodía del país montañoso de los tlavatlis, fueron su morada propia, aunque no exclusiva, pues compartieron estas tierras con los toltecas.

Más adelante se verá qué curiosos ensayos políticos y sociales hizo esta subraza.

Por lo que hace a los semitas primitivos, o quinta subraza, los etnólogos se han visto algo confusos, cosa muy natural si se considera lo insuficiente de los datos que han podido tener a mano.

Esta subraza apareció en los territorios montañosos que formaban la más meridional de las dos penínsulas situadas al Norte del continente, la cual, como ya hemos visto, está hoy representada por Escocia, Irlanda y algo de los males que las rodean.

El sitio está marcado con el núm.5 en el primer mapa.

En esta ingrata porción del gran continente creció y floreció la raza durante siglos, sosteniendo su independencia contra los ataques de los Reyes del Sur, hasta que a su vez le llegó el tiempo de extenderse y colonizar.

Debe tenerse en cuenta que en la época en que los semitas llegaron a ser poderosos, habían pasado cientos de miles de años desde su aparición, y se había entrado ya en el período del segundo mapa.

Eran turbulentos y mal avenidos, siempre en guerra con sus vecinos y en particular con el poder, entonces creciente de los acadios.

La cuna de estos últimos, que formaron la subraza sexta, podrá encontrarse indicada con el número ó en el mapa segundo; pues esta raza nació, después de la gran catástrofe de hace 800.000 años, en la tierra que estaba al Este de la Atlántida, hacia el punto medio de la gran península, cuya extremidad Sudoeste se extendía hasta casi tocar aquel continente.

El lugar referido puede colocarse aproximadamente en el grado 42 de latitud Norte y el 10º de longitud Este.

No se contuvieron los acadios por mucho tiempo dentro del territorio en que habían nacido, sino que invadieron el entonces ya disminuido continente de la Atlántida.

Riñeron con los semitas muchas batallas por mar y tierra, y por ambas partes se emplearon escuadras numerosas.

Finalmente, hará cosa de 100.000 años, vencieron por completo a los semitas, y desde entonces una dinastía acadia, establecida en la antigua capital semita, gobernó el país sabiamente por muchos cientos de años.

Era un pueblo comercial, colonizador y marinero, y así estableció muchos centros mercantiles en países lejanos.

Los mongoles, o séptima subraza, parece que fueron los únicos que no tuvieron contacto alguno con el continente atlante.

Nacidos en las llanuras de la Tartaria (según indica el número 7 en el segundo mapa), en las cercanías de los 63° de latitud Norte y 140° de longitud Este, fueron retoño directo de descendientes de la raza turania a quienes gradualmente reemplazaron en la mayor parte del Asia.

Esta subraza se multiplicó con exceso, y, aun en el día, la mayor parte de los habitantes del globo pertenecen a ella etnográficamente, si bien muchas de sus divisiones se hallan matizadas por tan vario modo con sangre de otras razas anteriores que apenas si pueden distinguirse de ellas.

## INSTITUCIONES POLÍTICAS

En un resumen como este sería imposible relatar la manera cómo cada subraza se subdividió en naciones, cada una de las cuales tuvo su tipo distinto y sus cualidades características.

Todo lo que se puede intentar es un bosquejo sobre las varias instituciones políticas en las grandes épocas.

Al reconocer que cada subraza, así como cada raza raíz está destinada a subir en algunos respectos a un nivel más elevado que la precedente, hay que reconocer la naturaleza cíclica del desarrollo que conduce a la raza, del mismo modo que al individuo, a través de las diversas fases de la infancia, de la juventud y de la virilidad, para volverla de nuevo a la infancia de la edad senil.

La evolución implica progreso en definitiva, aunque el retroceso de su espiral ascendente nos haga ver en la historia política y religiosa, no sólo la serie de los desarrollos y adelantos, sino también la degradación y decadencia.

La primera subraza fue desde un principio regida por el gobierno más perfecto que pueda concebirse, pero debe entenderse que esto respondía a las exigencias de su estado infantil y no a merecimientos de la edad madura.

Los Rmoahales eran incapaces de desarrollar plan alguno de gobierno estable, y ni aun siquiera alcanzaron el alto grado de civilización de las sexta y séptima subrazas lemuras.

Pero el Manu que llevó a cabo la selección de aquella raza, se encarnó de hecho en ella y la gobernó como rey.

Aun después que él dejó de intervenir de un modo visible en el gobierno, se siguió proveyendo a la comunidad naciente de gobernantes divinos o adeptos, cuando los tiempos lo requerían.

Los estudiantes de Teosofía saben que la humanidad no había alcanzado por entonces el término de desarrollo requerido para producir adeptos en la plenitud de la iniciación.

Los gobernantes referidos, incluso el mismo Manu, eran, pues, necesariamente fruto de evoluciones en otros sistemas de mundos.

Los tlavatlis dieron muestras de algún adelanto en las artes de gobierno.

Sus diversas tribus y naciones fueron gobernadas por jefes o reyes que, generalmente, recibían su autoridad por aclamación del pueblo.

Naturalmente, los individuos más poderosos y los guerreros más renombrados solían ser los elegidos.

Por ventura, se estableció entre los tlavatlis un gran imperio, del cual fue jefe nominal un rey cuya soberanía era más bien un título de honor que una autoridad efectiva.

La raza tolteca fue la que desarrolló la civilización más elevada y organizó el imperio más poderoso de todos los pueblos atlánticos, y entonces se introdujo por primera vez el principio de sucesión hereditaria.

En los primeros tiempos se dividió la raza en gran número de pequeños reinos independientes, constantemente en guerra unos con otros, y todos con los lemuro-rmoahales del Sur.

Estos fueron vencidos al cabo y sometidos a vasallaje, siendo muchas de sus tribus reducidas a la esclavitud.

Hará un millón de años aquellos reinos se unieron en una gran federación que reconoció por cabeza a un emperador.

Este hecho fue precedido de grandes guerras, pero al fin dió paz y prosperidad a la raza.

Debe recordarse que la humanidad estaba todavía dotada, en su mayor parte, de facultades psíquicas, y los que más desarrolladas las tenían, eran enseñados a usarlas en las escuelas ocultas, obteniendo varios grados en la iniciación y aun algunos el adeptado.

El segundo de los emperadores fue un adepto y durante miles de años gobernó una dinastía divina, no sólo todos los reinos en que la Atlántida estaba dividida, sino también las islas del Oeste y las regiones meridionales de las tierras adyacentes del lado de Levante.

Los miembros de esta dinastía, en caso necesario, salían de la comunidad de iniciados, mas por regla general, el poder se transmitía de padres a hijos, siendo todos ellos calificados y recibiendo a veces el hijo un grado más avanzado de iniciación de manos de su padre.

Durante todo este período, los gobernantes iniciados tenían conexión con la jerarquía oculta que gobierna el mundo, y vivían sometidos a sus leyes y actuaban en armonía con sus planes.

Esta fue la edad de oro de la raza tolteca.

Su gobierno fue justo y benéfico; se cultivaban las artes y las ciencias, y guiados los que se consagraban a ellas por conocimientos ocultos, consiguieron enormes resultados.

Las creencias y ritos religiosos eran todavía relativamente puros.

En resumen: la civilización de los Atlantes había alcanzado por este tiempo su mayor altura.

A los 100.000 años de esta edad de oro, comenzaron la degeneración y la decadencia de la raza.

Muchos de los reyes tributarios, gran número de sacerdotes y muchas gentes del pueblo, dejaron de usar de sus facultades y poderes conforme a las leyes de sus divinos preceptores, cuyos mandatos y advertencias menospreciaron.

Su conexión con la jerarquía oculta quedó rota.

El engrandecimiento personal, el logro de riquezas y autoridad, el abatimiento y la ruina de sus enemigos, llegaron a ser de día en día los fines preferentes hacia los cuales encaminaban sus poderes ocultos; y apartados así del uso legítimo de éstos, acabaron por emplearlos en toda suerte de propósitos egoístas y malévolos, con lo que inevitablemente cayeron en la hechicería.

Rodeada esta palabra del odio que la incredulidad de una parte, y la impostura de otra, han movido contra ella en el transcurso de muchos siglos de superstición y de ignorancia, consideremos por un momento su verdadero significado y los terribles efectos que su práctica ha de traer siempre al mundo.

En parte por razón de sus facultades psíquicas, no extinguidas aún en los abismos de la materialidad a que la raza descendió más tarde, y en parte a causa de sus adelantos científicos durante el apogeo de la civilización atlante, los individuos más inteligentes y enérgicos adquirieron por grados sucesivos un conocimiento cada día más profundo de la labor íntima de

las leyes naturales, y un dominio cada día creciente sobre algunas de las fuerzas ocultas de la Naturaleza.

Mas la profanación de este conocimiento y su empleo para fines egoístas, constituye la hechicería.

Buena prueba de los terribles efectos de tal profanación fueron las espantosas catástrofes que sorprendieron a aquella raza.

Pues una vez comenzadas las negras prácticas, se extendieron en círculos cada vez más amplios.

La suprema dirección espiritual fue retirada, y el principio kámico, que por ser el cuarto, debía naturalmente alcanzar su mayor desarrollo en la cuarta raza raíz, se afirmó más y más en la humanidad.

La lujuria y los instintos feroces y brutales fueron en aumento, y la naturaleza animal del hombre se iba aproximando a su expresión más degradada.

El problema moral dividió a la raza atlante desde sus primeros tiempos en dos campos hostiles, y lo que ya había comenzado en la época de los rmoahales se acentuó de un modo terrible en la Era de los toltecas.

La batalla de Armagedón se libra una y mil veces en cada edad de la historia del mundo.

No queriendo someterse por más tiempo a la sabia dirección de los emperadores iniciados, los secuaces de la magia negra se alzaron en rebelión y proclamaron un jefe rival del sagrado Emperador, quien, después de muchos combates, fue arrojado de su capital, «la ciudad de las Puertas de Oro», y el usurpador se sentó en su trono.

El emperador legítimo, empujado hacia el Norte, se estableció en una ciudad fundada por los tlavatlis en el límite meridional del país montañoso, y que era entonces la sede de uno de los reyes toltecas tributarios.

Éste le recibió con alegría y puso la ciudad a su disposición.

Algunos otros reyes tributarios se le mantuvieron fieles, pero los más rindieron homenaje al nuevo emperador reinante en la antigua capital.

Sin embargo, no permanecieron mucho tiempo en su obediencia.

Proclamábanse independientes a cada paso y reñían continuas batallas en las diferentes partes del imperio, recurriendo en gran escala a las artes de la hechicería para aumentar las fuerzas destructoras de los ejércitos.

Estos acontecimientos ocurrieron unos 50.000 años antes de la primera catástrofe.

De allí en adelante las cosas fueron de mal en peor.

Los hechiceros hacían uso de sus poderes con más temeridad cada día, y una gran parte del pueblo, que cada vez iba en aumento, adquiría y practicaba estas terribles artes.

Entonces sobrevino el espantoso castigo, en que millones de hombres perecieron.

La gran «ciudad de las Puertas de Oro» había llegado a ser por este tiempo un antro completo de iniquidad.

Las olas la barrieron, sumergiendo a sus habitantes, y el «negro emperador» y su dinastía cayeron para no levantarse más.

El emperador del Norte y los sacerdotes iniciados de todo el continente, tuvieron noticia anticipada del peligro que amenazaba; en las páginas siguientes se verá las muchas emigraciones conducidas por sacerdotes que precedieron a esta catástrofe, así como a las posteriores.

El continente quedó terriblemente desgarrado.

Pero la cantidad efectiva de territorio sumergido no representaba, en verdad, el daño causado, porque las olas, precipitándose en su irrupción sobre grandes extensiones de terreno, la dejaron al retirarse convertida en pantanos.

Provincias enteras quedaron estériles y permanecieron por muchas generaciones sin cultivo, como desiertos.

La población que sobrevivió había recibido una terrible advertencia.

Quedó grabada en los corazones, y la hechicería se practicó menos durante algún tiempo.

Un largo período transcurrió antes que se estableciese estado alguno poderoso.

Al fin encontramos una dinastía semita de hechiceros, entronizada en la «ciudad de las Puertas de Oro», pero ningún poder tolteca tuvo ya preeminencia durante el período del segundo mapa.

Existían aún muchas poblaciones de esta raza; mas en estado de pureza no habitaban ya en el continente originario.

En la isla de Ruta, sin embargo, se alzó de nuevo una dinastía tolteca, y gobernó por medio de reyes tributarios una gran parte de la isla.

Esta dinastía estaba entregada a la magia negra, que fue creciendo durante los cuatro períodos, hasta llegar a su colmo al tiempo de la catástrofe inevitable que limpió a la tierra de este mal monstruoso.

También es de notar que hasta el mismo momento en que desapareció Poseidón, un rey o emperador iniciado -o que, cuando menos, reconocía “la buena ley”- ejercía autoridad en una parte de la gran isla, procediendo bajo la dirección de la jerarquía oculta, para reprimir hasta donde era posible a los hechiceros, y para guiar e instruir la corta minoría que aún deseaba llevar una vida ordenada y pura.

En los últimos días este rey sagrado era elegido generalmente por los sacerdotes (los pocos que aún seguían “la buena ley”).

Poco más resta que decir sobre la raza tolteca.

La población de toda la isla de Poseidón estaba más o menos mezclada.

Dos reinos y una pequeña república en el Oeste se dividían todo el territorio.

La parte Norte era gobernada por el rey iniciado, y en el Sur el principio hereditario había cedido ante la elección popular.

Las dinastías cerradas habían concluido; mas de vez en cuando reyes de sangre tolteca subieron al poder, así en el Norte como en el Sur, y el reino septentrional, combatido constantemente por su rival del Mediodía, iba perdiendo paulatinamente pedazos de su territorio.

Después de haber tratado con alguna extensión del estado de las cosas durante la hegemonía de los toltecas, la descripción de las instituciones políticas de las siguientes cuatro subrazas, no merece que nos detengamos, pues ninguna de ellas alcanzó el alto grado de civilización de los toltecas.

La degeneración de la raza había comenzado de hecho.

Parece que la raza turania, por natural inclinación, tendió a desarrollar una especie de sistema feudal.

Cada jefe era soberano en su propio territorio, y el rey era solamente primus inter pares.

Los jefes que formaban su consejo asesinaban de vez en cuando al rey, colocándose alguno de ellos en su puesto.

Eran los turanios turbulentos, sin ley, crueles y brutales.

Como muestra de estas cualidades, citaré el hecho de que en algunos períodos de su historia tomaron parte en las guerras regimientos de mujeres.

Pero el hecho más interesante de esta raza fue la extraña experiencia que hizo en su vida social, y que, a no ser por su origen político, hubiéramos incluido mejor en el capítulo de usos y costumbres.

Vencidos continuamente en la guerra con sus vecinos los toltecas y reconociéndose muy inferiores en número, aspiraron sobre todo al aumento de población, para lo cual dictaron leyes que relevaban a los hombres de la carga de sostener a su familia.

El Estado se hizo cargo de los niños y proveía a sus necesidades, siendo éstos considerados como propiedad suya.

Esta medida tendía a fomentar los nacimientos entre los turanios, con menosprecio de la institución del matrimonio.

Los lazos de la vida de familia y el sentimiento de amor paterno, fueron destruidos; mas como el plan resultara un fracaso, se desistió al fin de él.

También intentó esta raza aplicar soluciones socialistas a los problemas económicos que aún en el día nos inquietan; pero hecho el ensayo, fue abandonado.

Los semitas primitivos, raza guerrera, enérgica y dada al pillaje, tuvieron siempre tendencias a una forma de gobierno patriarcal.

Los colonizadores semitas, nómadas por lo común, adoptaron casi exclusivamente esta forma; pero así y todo, como ya hemos visto, llegaron a poseer un gran imperio en los tiempos a que se refiere el segundo mapa, habiéndose hecho dueños de la gran «ciudad de las Puertas de Oro» .

Mas al fin cedieron al creciente poder de los acadios.

En el período del tercer mapa, hace 100.000 años próximamente, los acadios pusieron fin al poder semita.

Esta subraza sexta era un pueblo más respetuoso de las leyes que sus predecesores.

Comerciantes y marineros vivían en comunidades fijas, y naturalmente surgió entre ellos la oligarquía como forma de gobierno.

Una peculiaridad suya, de la cual Esparta es el único ejemplo en los tiempos históricos, fue el gobierno simultáneo de dos reyes en una misma ciudad.

Como resultado probable de sus aficiones a la navegación, el estudio de los astros llegó a caracterizar su cultura, por lo que esta raza hizo grandes adelantos en la Astrología y en la Astronomía.

El pueblo mongol constituyó un progreso sobre sus inmediatos antecesores, pertenecientes al brutal tronco turanio.

Nacidos los mongoles en las vastas estepas de la Siberia Oriental, jamás tuvieron contacto con el continente madre; y debido, sin duda, a las condiciones del territorio que ocupaban, hicieron la vida nómada .

Más psíquicos y más religiosos que los turanios, de quienes procedían, la forma de gobierno hacia la cual se inclinaban, exigía como remate un soberano que fuese al mismo tiempo señor temporal y gran sacerdote.

## EMIGRACIONES

Tres causas contribuyeron a producir las emigraciones.

Los turanios, como hemos visto, se sintieron impulsados del espíritu colonizador desde sus primeros días, y respondieron a él en gran escala.

Los semitas y los acadios fueron también razas colonizadoras hasta cierto punto.

Ahora bien; andando el tiempo y creciendo la población hasta el punto de rebasar los límites de los medios de subsistencia, la necesidad impulsó a todas las razas, según las oportunidades se presentaban, a buscar el sustento en tierras menos pobladas.

Debe tenerse en cuenta que cuando los atlantes llegaron al zenit en la época tolteca, la proporción de habitantes por milla cuadrada en la Atlántida igualaba probablemente si no excedía, a la actual en Inglaterra y Bélgica.

Ciertamente los espacios vacíos aprovechables para colonias, eran en aquella edad mucho mayores que en la nuestra; pero la población total del mundo que al presente es de 1.200 a 1.500 millones, ascendía en aquellos tiempos a la enorme cifra de 2.000 millones aproximadamente.

Al fin vinieron las emigraciones dirigidas por los sacerdotes antes de cada catástrofe, de las cuales hubo muchas más que las cuatro mayores a que se ha hecho referencia.

Los reyes iniciados y los sacerdotes que seguían la «buena ley» , sabían de antemano las calamidades que amenazaban.

De aquí que cada uno de ellos profetizase primero, advirtiendo a las gentes y se hiciese después guía de grandes masas de colonizadores.

Es de notar que en los postrimeros días, los gobernantes del país sentían profundamente estas emigraciones conducidas por los sacerdotes, porque despoblaban y empobrecían sus reinos, y llegó a ser necesario a los emigrantes embarcarse en secreto durante la noche.

Al trazar en globo las diferentes direcciones seguidas por cada raza en su emigración, vamos a parar, en último resultado, a las tierras que sus respectivos descendientes ocupan hoy día.

Las primeras emigraciones fueron las de la raza Rmoahal.

Se recordará que la parte de esta raza que habitaba las costas del Nordeste, fue la única que conservó su pureza de sangre.

Acosados en su frontera meridional y empujados más al Norte por los guerreros tlavatlis, comenzaron los Rmoahales a invadir los territorios vecinos situados al Este, y los más próximos aún del promontorio de Groenlandia.

En el período del segundo mapa no quedaban, en la entonces reducida Atlántida, Rmoahales puros, sino que ocupaban el promontorio septentrional del continente que al Oeste se estaba formando, así como el dicho cabo de la Groenlandia y las costas occidentales de la gran isla escandinava.

También había una colonia suya en las tierras septentrionales del mar central de Asia.

Bretaña y Picardia formaban entonces parte de la isla escandinava, la cual, en el período del tercer mapa, llegó a constituir una porción del continente europeo, a la sazón en crecimiento.

y precisamente en Francia es donde se han hallado los restos de esta raza en los yacimientos cuaternarios, pudiendo considerarse al «hombre de Furfooz», braquicéfalo o de cabeza redonda, como el tipo medio de aquélla en la época de su decadencia.

Obligados muchas veces a encaminarse hacia el Sur por los rigores de un período glacial, y empujados otras tantas hacia el Norte por sus poderosos enemigos, los esparcidos y degradados restos de los Rmoahales se encuentran hoy día entre los modernos lapones, aunque mezclados con otra sangre.

Así, estos débiles y empequeñecidos ejemplares de la humanidad vienen a ser los descendientes en línea recta de la raza oscura de gigantes que tuvo origen en las comarcas ecuatoriales del continente de Lemuria, hace cerca de cinco millones de años.

Los colonizadores tlavatlis se extendieron en todas direcciones.

En el período del segundo mapa sus descendientes se hallaban establecidos en las costas occidentales del continente americano, entonces en vías de formación (California), y asimismo en las costas situadas en la extremidad del Sur (Río de Janeiro).

Ocupaban también la costa oriental de la isla escandinava; y muchos de ellos, navegando a través del Océano y dando la vuelta a África, aportaron a la India.

Allí se mezclaron con la población indígena de origen lemur, formando así la raza dravídica.

Andando el tiempo, recibieron estos a su vez una infusión de sangre aria o de la quinta raza, a lo cual se debe la complejidad de tipos que hoy se encuentra en la India.

A la verdad, hallamos en este país un ejemplo manifiesto de la dificultad extrema de decidir una cuestión de razas con sólo las pruebas físicas, pues sería muy posible que existiesen egos de la quinta raza encarnados en los brahmanes; egos de la cuarta raza en las castas inferiores, y algunos rezagados de la tercera en las tribus montañesas.

En el período del cuarto mapa, el pueblo tlavatli ocupaba las comarcas meridionales de la América del Sur, de lo cual puede inferirse que los patagones tuvieron probablemente un abolengo tlavatli.

Restos de esta raza así como de los Rmoahales, se han encontrado en los yacimientos cuaternarios de la Europa central, y el hombre dolicocéfalo de Cromagnon (4) puede considerarse como el tipo medio de la raza tlavatli en su decadencia, al paso que los habitantes de los lagos de Suiza constituyeron un retoño mucho más moderno y no del todo puro.

El único pueblo que puede citarse como tipo de sangre pura de esta raza al presente, es el que forman algunas de las tribus indias de color oscuro de la América del Sur.

Los birmanos y siameses tienen también sangre tlavatli en sus venas, si bien mezclada y aun dominada por la de una familia más noble de procedencia aria.

Vamos ahora a tratar de los toltecas.

Sus emigraciones se dirigieron principalmente hacia el Oeste, por lo que las costas vecinas del continente americano estuvieron pobladas, en el período del segundo mapa, por toltecas de pura raza, siendo mestizos la mayor parte de los que quedaron en el continente madre.

La raza se extendió y vivió en estado floreciente en ambas Américas, donde miles de años más tarde establecieron los imperios de México y del Perú.

La grandeza de estos imperios es ya objeto de la historia, o por lo menos de la tradición, confirmada por los datos que ofrecen sus magníficos restos arquitectónicos.

Debe advertirse aquí que aunque el imperio mexicano fue durante siglos grande y poderoso en todo aquello a que comúnmente se atribuye poder y grandeza en nuestra civilización actual, no alcanzó nunca la altura a que llegaron los peruanos hace 14.000 años, bajo el gobierno de los Incas; pues por lo que hace al bienestar general del pueblo, a la justicia y beneficencia de los gobernantes, a la forma equitativa del colonato, ya la vida pura y religiosa de sus habitantes, el imperio del Perú de aquellos días, puede mirarse como un eco tradicional, aunque débil, de la edad de oro de los toltecas en el continente de la Atlántida.

El tipo medio del piel roja de América, es el mejor representante que hoy existe del pueblo tolteca; bien entendido que no admite comparación con el individuo de aquella raza cuando alcanzó el nivel más elevado de su cultura.

El curso de nuestro relato nos lleva ahora a tratar del Egipto, y la consideración de este asunto arrojará inmensa luz sobre su primitiva historia.

El primer establecimiento que se fundó en este país, no fue una colonia en el sentido estricto de la palabra; pero más adelante se llevó allí una gran masa de colonizadores toltecas, para mezclarla con el pueblo aborigen y mejorar el tipo de éste.

El primer acontecimiento fue la traslación de una gran logia de iniciados.

Esto sucedió hace unos 400.000 años.

La Edad de oro de los toltecas había pasado hacía mucho tiempo.

La primera gran catástrofe había tenido lugar.

La degradación moral del pueblo y la práctica de la magia negra, se había acentuado y extendido más y más.

Era necesaria una atmósfera más pura para la «logia blanca».

Egipto estaba aislado, y su población era escasa; por esto fue escogido.

El establecimiento respondió a sus fines, y la logia de iniciados, no estorbada por condiciones desfavorables, realizó su obra durante 200.000 años aproximadamente.

Hace unos 210.000 años, maduros ya los tiempos, la logia fundó un imperio (la primera dinastía divina de Egipto), y comenzó a enseñar al pueblo.

Entonces fue cuando la primera gran masa de emigrantes fue sacada de la Atlántida, siendo construidas las dos grandes pirámides de Gizeh durante los 10.000 años que precedieron a la segunda catástrofe, en parte como lugar permanente de la iniciación, y en parte también para servir de arca donde se custodiara algún gran talismán mientras durase la sumersión que era inminente, según los iniciados sabían.

El mapa número 3 presenta el Egipto bajo las aguas, en la fecha a que nos referimos.

Así permaneció por largo espacio, pero al surgir de nuevo, fue otra vez poblado por los descendientes de muchos de sus antiguos habitantes, que se habían guarecido en las montañas de Abisinia (que en el mapa núm.

3 aparece como una isla), así como también por nuevas bandas de colonizadores atlantes venidos de diversas partes del mundo.

Una gran inmigración de acadios contribuyó a modificar el tipo egipcio.

Esta es la época de la segunda dinastía divina de Egipto; los gobernantes del país fueron de nuevo adeptos o iniciados.

La catástrofe de hace 50.000 años volvió a sumergir el país, pero la inundación fue entonces pasajera .

Al retirarse las aguas, comenzó el gobierno de la tercera dinastía divina -la mencionada por Manethon- y bajo el mando de los primeros reyes de esta dinastía, se construyeron el gran templo de Karnak y muchos de los más antiguos edificios que aún están en pie.

Realmente, excepción hecha de las dos grandes pirámides mencionadas, ningún edificio de Egipto es anterior a la catástrofe de hace 80.000 años.

La sumersión definitiva de Poseidón, lanzó otra oleada sobre Egipto.

Esta fue también una calamidad pasajera, mas puso fin a las dinastías divinas, porque la logia de iniciados se trasladó a otros países.

Varios puntos de que aquí no hemos tratado, han sido ya expuestos en la Conferencia: "Las pirámides y Stonehenge".

Los turanios, que en el período del primer mapa habían colonizado las comarcas septentrionales de la tierra situada inmediatamente al Este de la Atlántida, ocuparon en la época del segundo mapa las costas meridionales de aquella (Marruecos y Argelia actuales).

Encuéntraseles también vagando hacia el Este, hasta que llegaron a poblar las costas oriental y occidental del mar central de Asia.

Finalmente, algunas bandas se dirigieron aún más al Oriente, de donde proviene que el tipo más aproximado a esta raza se encuentre hoy en el interior de la China.

Un curioso capricho del destino debe consignarse a propósito de una de sus ramas occidentales.

Dominados durante siglos por sus más poderosos enemigos los toltecas, estaba, sin embargo, reservado a una pequeña rama del tronco turanio, el conquistar el último grande imperio de los toltecas, pues los brutales y apenas civilizados aztecas, eran de pura raza turania.

Las emigraciones semitas fueron de dos clases: primero, las que procedían del natural impulso de la raza; segundo, la emigración especial efectuada bajo la guía y dirección del Manu, pues aunque parezca extraño, no fué de los toltecas, sino de esta subraza turbulenta y sin ley, pero vigorosa y enérgica, de donde fué escogido el núcleo destinado a producir nuestra gran raza quinta, la raza aria.

La razón de esto estriba, sin duda, en la cualidad manásica característica, a la cual va siempre asociado el número cinco.

La subraza a la que correspondía este número -la semita- estaba precisamente en vías de desarrollar su cerebro y su inteligencia, a expensas de las percepciones psíquicas, y este mismo

desarrollo de la inteligencia, llevado a más alto nivel, es a la vez la gloria y el destino de nuestra quinta raza raíz.

Por lo que hace a las emigraciones naturales, encontramos que en la época del segundo mapa, cuando aún existían poderosas naciones en la Atlántida, los semitas se habían esparcido por el Occidente y el Oriente: por el primero, hacia los territorios que forman en la actualidad los Estados Unidos lo cual explica la aparición del tipo semita en algunas de las razas indias; y por el segundo, hacia las costas septentrionales del continente vecino, que comprendía entonces lo que llegó a ser después Europa, África y Asia.

El tipo de los antiguos egipcios, así como el de otras naciones comarcanas, fué modificado en cierto modo por la sangre de estos primitivos semitas; pero excepción hecha de los judíos, los únicos representantes relativamente puros de aquella raza en el día de hoy, son las kábilas ligeramente morenas de las montañas de Argelia.

Las tribus que resultaron de la selección efectuada por el Manu para formar la nueva raza raíz, emprendieron al fin su camino hacia las costas meridionales del mar central de Asia, y allí se estableció el primer gran reino ario.

Cuando se imprima la conferencia sobre el «origen de una raza raíz», se verá que muchos de los pueblos que acostumbramos a llamar semitas, son, en realidad de sangre aria.

También el mundo recibirá nueva luz respecto a lo que constituye el derecho de los hebreos para considerarse a sí mismos como un «pueblo elegido» .

En resumen: son un eslabón anormal que une las razas cuarta y quinta.

Los acadios, aunque al fin llegaron a ser dominadores de la Atlántida, tuvieron su cuna, como ya hemos visto, en la época del segundo mapa, en el continente inmediato, siendo su solar aquella parte del Mediterráneo, que cae poco más o menos en lo que es hoy isla de Cerdeña.

Desde este punto se dirigieron hacia el Oriente, ocupando lo que al cabo fue costa de Levante, extendiéndose hasta Arabia y Persia.

Según se dijo, contribuyeron también a poblar el Egipto.

Los primitivos etruscos, los fenicios (incluyendo a los cartagineses), y los sumero-acadios fueron ramas de esta subraza, y los actuales vascos tienen probablemente más sangre acadia en sus venas que otra alguna.

Es este lugar oportuno para hacer referencia a los primitivos habitantes de las islas británicas porque en la primera edad de los acadios, hace próximamente 100.000 años, fué cuando la colonia de iniciados, que fundó a Stonehenge, desembarcó en aquellas costas, que eran por decontado, las de la porción escandinava del continente europeo, según aparece en el mapa número 3.

Los sacerdotes iniciados y los que con ellos iban, parece que pertenecieron a una de las primitivas familias de la raza acadia.

Eran más altos, más hermosos y de mayor cabeza que los aborígenes, los cuales, aunque provenían de una mezcla de razas, constituían en su mayor parte restos degenerados de los Rmoahales.

Como verán los que lean la conferencia sobre «Las pirámides y Stonehenge», la ruda sencillez de Stonehenge tuvo por objeto protestar de la ornamentación extravagante y recargada que se usaba en los templos de la Atlántida, en donde los habitantes habían caído en el degradado culto de sus propias efigies.

Los mongoles, según vimos, no tuvieron jamás contacto alguno con el continente de donde procedian sus antepasados nacidos en las vastas llanuras de la Tartaria, sus emigraciones encontraron por mucho tiempo sobrado espacio en estas tierras; pero más de una vez, tribus de descendencia mongola, se han desbordado desde el Norte del Asia a la Améríca, atravesando el estrecho de Behring; la última de estas emigraciones, la de los kitanes -acaecida hace 1.300 años- ha dejado huellas que algunos sabios occidentales han podido seguir sin dificultad.

La existencia de sangre mongola en algunas tribus indias de la América del Norte, ha sido también reconocida por diferentes etnólogos.

Los húngaros y los malayos son considerados como renuevos de esta raza, ennoblecido el primero por la infusión de sangre aria, y degradado el segundo por la mezcla con la ya estéril sangre de los lemures.

Pero el hecho interesante acerca de esta raza mongola, es que su último vástago -los japoneses- se encuentra todavÍa en pleno vigor, pues en realidad, no ha alcanzado todavía su zenit, y aún le queda vida bastante para figurar en la historia.

## ARTES Y CIENCIAS

Debe reconocerse previamente que nuestra raza aria ha obtenido, por razón natural, adelantos mucho mayores en casi todos sentidos que los atlantes; pero aun en aquello en que dejaron de alcanzar nuestro nivel, son interesantes las noticias de lo que realizaron al llegar a la mayor altura de su civilización.

Por otra parte, los progresos científicos en que nos sobrepujaron, son de una naturaleza tan deslumbradora, que produce confusión lo desigual que fue esta raza en su desarrollo.

Las artes y ciencias de las dos primeras subrazas, fueron, en verdad, extremadamente rudas; mas no nos proponemos seguir los progresos realizados por cada subraza en particular.

En la historia de los atlantes, así como en la de los arios, alternan los períodos de progreso y de decadencia.

Las épocas de cultura iban seguidas de tiempos bárbaros, durante los cuales los adelantos científicos se perdían, viniéndose a ganar de nuevo por civilizaciones que alcanzaban más altos niveles.

Naturalmente, la narración que vamos a hacer se refiere a los períodos de cultura, entre los que descuella la gran Era de los toltecas.

La Arquitectura y la Escultura, la Pintura y la Música, fueron cultivadas entre los atlantes.

La música, aún en los mejores tiempos, fue ruda, y los instrumentos del tipo más primitivo.

Todas las razas atlánticas eran amantes del colorido, así que adornaban sus cosas interior y exteriormente con colores brillantes; mas la pintura, como arte delicado, no obtuvo jamás entre ellos carta de naturaleza, aunque en los últimos tiempos se enseñara en sus escuelas algo que se acercaba a este arte.

Pero la escultura, que también se enseñaba en las escuelas fué practicada en grande escala, y llegó a adquirir gran excelencia.

Como veremos más tarde, al tratar de la religión, vino a ser costumbre de todos los que podían permitírsela, el colocar en algún templo su propia imagen.

Eran estas esculturas talladas en madera o en piedra negra, dura como el basalto, y aun entre la gente rica llegó a ser moda tener sus estatuas de metales preciosos, como oricalco, oro o plata.

Generalmente tenían bastante semejanza con la persona que representaban, y a veces un notable parecido.

La arquitectura fue la más ampliamente practicada de las Bellas Artes.

Los edificios eran construcciones macizas de gigantescas proporciones.

Las casas de las ciudades no estaban como las nuestras, unidas unas a otras formando calles.

Algunas de ellas, de igual modo que las quintas, se hallaban en medio de jardines, y otras aparecían separadas por espacios de tierra común, siendo todas construcciones aisladas.

Las casas de alguna importancia tenían patios centrales cerrados por cuatro muros, y en medio de ellos solían colocar fuentes, que por ser tan abundantes en la «ciudad de las Puertas de Oro» , la dieron el sobrenombre de la ciudad de las aguas.

No se hacía exhibición de las mercancías para la venta como en nuestras modernas poblaciones.

Las transacciones se efectuaban privadamente, excepto en determinado tiempo, en que se celebraban ferias en los egidos de las ciudades.

Pero lo que daba a la casa tolteca su fisonomía característica, era la torre que se alzaba en uno de sus ángulos o en el centro de uno de sus muros.

A los pisos superiores conducía una escalera en espiral, construida en la parte exterior de la torre, la cual terminaba con una cúpula puntiaguda, que servía por lo común de observatorio.

Como ya se ha indicado, las casas estaban decoradas con colores brillantes.

Algunas tenían la ornamentación de talla, y otras de frescos y pinturas.

Los huecos de las ventanas se cubrían con una substancia artificial parecida al vidrio aunque menos transparente.

En el interior faltaban los detalles de comodidad de la habitación moderna, pero la vida era muy civilizada a su manera.

Los templos eran enormes recintos parecidos a las gigantescas construcciones de Egipto, pero fabricados en escala aún más estupenda.

Los pilares que soportaban al techo eran por lo común cuadrados y rara vez cilíndricos.

En los tiempos de la decadencia, había a los costados de las naves numerosas capillas en que se custodiaban las estatuas de los ciudadanos más distinguidos.

Estas capillas eran a veces de tamaño tan considerable, que podían contener todo un cuerpo de sacerdotes, que algún hombre notable instituía para el servicio y culto de su propia imagen.

Así como las casas particulares, los templos no estaban completos sin su torre, cerrada por una cúpula, del tamaño y magnificencia correspondientes.

Estas torres servían de observatorios astronómicos y para las ceremonias del culto solar.

Los metales preciosos se empleaban en gran cantidad para el adorno de los templos, cuyo interior era con frecuencia, no ya dorado, sino revestido de planchas de oro.

El oro y la plata eran tenidos en gran estima; pero, como más adelante veremos al tratar de la moneda, su empleo era puramente artístico, pues no se usaban como símbolos de cambio, al paso que las grandes cantidades producidas por los químicos (o alquimistas, como hoy les llamaríamos) hacían que no tuvieran, como ahora, la consideración de metales preciosos.

Este poder de transmutar los metales no era universal, si bien eran tantos los que le poseían, que la fabricación era muy abundante.

De hecho la producción de estos codiciados metales puede mirarse como una de las empresas industriales de aquel tiempo con que los alquimistas se ganaban la vida.

El oro era aún más apreciado que la plata, y por consiguiente, se le producía en cantidad mucho mayor .

## EDUCACIÓN

Como preliminar de las noticias que vamos a dar sobre la educación que se recibía en las escuelas y en los colegios de la Atlántida, diremos unas pocas palabras acerca del lenguaje tolteca era universal, no solo en todo el continente sino también en las islas occidentales y en la porción del continente oriental, sujeta al dominio del emperador.

Verdad es que sobrevivían restos de los idiomas rmoahal y tlavatli en comarcas extraviadas, al modo que hoy existen entre nosotros los idiomas celta y cimbrio en Irlanda y el país de Gales, La lengua tlavatli fué la base de la turania, en la cual, andando el tiempo, se introdujeron tales modificaciones que llegó a ser un lenguaje del todo diferente.

Los semitas y acadios, a su vez, adoptando como punto de partida el idioma tolteca, lo modificaron respectivamente a su manera y produjeron dos variedades divergentes.

Así, en los últimos días de Poseidón había varias lenguas distintas, aunque pertenecientes todas al tipo aglutinante; pues hasta los tiempos de la quinta raza no fue desarrollado por los descendientes de los semitas y de los acadios el lenguaje de flexión.

El idioma tolteca, a través de tantas edades, mantuvo su pureza, y el mismo lenguaje que se hablaba en la Atlántida en los días de su esplendor, fué usado, con ligeras alteraciones, miles de años más tarde en el Perú y en México.

Las escuelas y colegios de la Atlántida, en los días de la grandeza tolteca, así como en los subsiguientes periodos de cultura, estaban sostenidos por el Estado.

Aunque la instrucción primaria era obligatoria, las enseñanzas que se daban después diferían en mucho.

Las escuelas primarias servían para hacer una selección.

Los que daban muestras de aptitudes reales para el estudio, pasaban a las escuelas superiores a la edad de doce años próximamente, en unión con los hijos de las clases dominantes, las cuales tenían naturalmente mayor capacidad.

La lectura y la escritura, consideradas como meros preliminares, les eran enseñadas en las escuelas primarias.

Mas estos conocimientos elementales no se juzgaban necesarios para la gran masa de los habitantes que debían pasar la vida cultivando los campos o dedicados a los oficios manuales, cuya práctica era exigida por el procomún.

La mayor parte de los niños pasaba, por tanto, a las escuelas técnicas que mejor se acomodaban a sus diversas altitudes.

Las principales eran las escuelas de Agricultura.

Algunas ramas de la mecánica formaban también parte de la enseñanza, y en los distritos apartados y en los marítimos, se incluía además la caza y la pesca.

De este modo todos los niños recibían la educación más adecuada para ellos.

Los muchachos de más capacidad que, como hemos visto, habían aprendido a leer y escribir, recibían una educación más esmerada.

Formaba parte principal de ella el estudio de las propiedades de las plantas, y de sus virtudes curativas.

No había en aquellos tiempos médicos de profesión, pues todo hombre educado sabía más o menos de medicina, así como de la curación por el magnetismo.

Se enseñaba también la Química, las Matemáticas y la Astronomía.

Estos estudios eran análogos a los nuestros; mas el objeto a que principalmente dirigía sus esfuerzos el maestro, era el desarrollo de las facultades psíquicas del discípulo, y su instrucción en el manejo de las fuerzas ocultas de la Naturaleza.

En esta categoría se incluían las propiedades secretas de las plantas, de los metales y de las piedras preciosas, así como los procedimientos de la alquimia para la transmutación.

Pero con el tiempo, lo que los colegios de enseñanza superior de la Atlántida se ocupaban en desarrollar con preferencia, fueron los poderes personales que Bulwer Lytton llama Vril, cuyo empleo con tanta exactitud describió en su libro The Coming Race.

Cuando se determinó la decadencia de la raza tuvo lugar un cambio en el sistema de instrucción.

En vez de considerarse el mérito y la aptitud como títulos para adquirir los grados superiores de la enseñanza, las clases dominantes, más exclusivas cada día, no permitieron que persona alguna, a excepción de sus hijos, fuese dotada de los elevados conocimientos que tan grandes poderes conferían.

En un imperio de las condiciones del tolteca, era natural que la agricultura fuese objeto de una grande atención.

No sólo se instruía a los labradores en escuelas especiales, sino que había colegios para preparar a personas idóneas, a fin de que se dedicasen luego a los ensayos de cruzamientos de plantas y animales.

Como los lectores de las obras teosóficas saben muy bien, el trigo no realizó su evolución en este planeta.

Fue un don del Manú, que lo trajo de otro globo ajeno a nuestra cadena planetaria.

Pero la avena y algunos otros cereales son resultado del cruzamiento del trigo con plantas indígenas de la tierra.

Los experimentos que llevaron a este resultado, fueron obra de las escuelas de Agricultura de la Atlántida, dirigida, por supuesto, por inteligencias superiores.

Pero el caso más notable del perfeccionamiento de la agricultura atlante, fue la evolución del plátano banana.

En su estado salvaje primitivo, era como un melón alargado con muy poca pulpa y lleno de pipas, de igual modo que aquel fruto.

Se necesitaron muchos siglos (acaso miles de años) de selección y eliminación continuas, para llegar a la planta sin semillas que al presente conocemos.

Entre los animales domésticos de la época tolteca, había algunos que parecían tapires muy pequeños.

Se alimentaban de raíces y yerbas; pero como los cerdos de hoy día, a los que se asemejaban en más de una particularidad, no eran muy limpios y comían cuanto encontraban.

Habitaban también en compañía del hombre grandes animales parecidos al gato, y otros semejantes al lobo que fueron los antecesores del perro.

Los carros toltecas eran arrastrados por bestias que semejaban camellos pequeños.

Las actuales llamas peruanas son probablemente sus descendientes.

Los antepasados del alce irlandés vagaban en rebaños por las laderas de los montes, como nuestro ganado vacuno, demasiado salvajes para consentir que se les acercase la gente, pero, sin embargo, sujetos al dominio del hombre.

Se hacían continuos experimentos para cruzar las especies animales, y producir otras nuevas; y es curioso el uso que hacían del calor artificial en grande escala, para forzar el desarrollo, a fin de que los efectos de los cruzamientos se anticipasen.

También es notable que se valieran de luces de distintos colores en las habitaciones en que se llevaban a cabo estos experimentos, con objeto de obtener variedad en los resultados.

Este poder del hombre de modelar a voluntad las formas animales, nos lleva a tratar de un asunto de los más misteriosos.

Ya hemos hecho referencia a la obra de los Manús; ahora bien, en la mente del Manú tienen su origen las mejoras del tipo y la potencia latente en toda forma de ser.

Para realizar paso a paso estas mejoras en las formas animales, se requería la ayuda y cooperación del hombre.

Las especies de anfibios y reptiles, entonces abundantes, casi habían terminado su evolución; y estaban a punto de adquirir los tipos, más avanzados, de aves y mamíferos.

Dichas formas constituían la materia plástica a disposición del hombre; la arcilla estaba pronta a adoptar la figura que las manos del alfarero quisieran darle.

La mayor parte de los experimentos antes indicados, se hicieron con animales de clases intermedias; e indudablemente los animales domésticos, como el caballo, que tan importantes servicios prestan al hombre al presente, fueron el resultado de los ensayos en que la humanidad de aquellos tiempos cooperó con el Manú y sus ministros.

Pero esta obra común acabó muy pronto.

Prevaleció el egoísmo, y la guerra y la discordia pusieron término a la edad de oro de los toltecas.

Cuando en vez de obrar lealmente para un fin común, bajo la guía de sus reyes iniciados, comenzaron los hombres a combatirse mutuamente, los animales, que de un modo gradual podían haber ido adquiriendo, con los cuidados del hombre, formas cada vez más útiles y apropiadas para el servicio de éste, abandonados a sus propios instintos, siguieron naturalmente el ejemplo de su monarca ya su vez, comenzaron a devorarse unos a otros.

Algunos fueron educados y utilizados por el hombre para sus cacerías; y de este modo, los animales semi-domesticados de raza felina, a que antes se hizo referencia, vinieron a ser los ascendientes de los leopardos y los jaguares.

A este propósito indicaremos un hecho que a algunos parecerá fantástico, el cual podrá, sino aclarar del todo la cuestión, mostrar, al menos, la moral contenida en este episodio relacionado con la marcha misteriosa de nuestra evolución.

El león debía haber sido un animal de condición suave y de aspecto menos fiero, si la humanidad de aquellos tiempos hubiese realizado la tarea que le fue encomendada.

Dejando aparte la cuestión de si estaba llamado a morar junto al cordero y a comer paja como el buey, el destino que le estaba asignado en la mente del Manú no se ha cumplido todavía.

Su arquetipo era el de un poderoso animal domesticado, una bestia fuerte, de lomo llano, con grandes e inteligentes ojos, ideada como el auxiliar más potente del hombre para los servicios de tracción.

La Ciudad de las Puertas de Oro y sus alrededores, deben ser ahora objeto de nuestra atención, después de lo cual explicaremos el maravilloso sistema establecido en ella para proveer de agua a sus habitantes.

Hallábase asentada, según hemos visto, en la costa oriental del continente, a los 15° Norte del Ecuador.

Rodeábanla a manera de parque, hermosas arboledas, en las cuales se hallaban esparcidas las quintas de recreo de las clases ricas.

Hacia el Oeste se extendía una sierra de donde se traía el agua para el abastecimiento de la ciudad.

Esta se hallaba construida en las laderas de una colina que se elevaba sobre la llanura unos 500 pies.

En la cima de esta colina estaba el palacio del emperador, rodeado de jardines, de cuyo centro brotaba una corriente continua de agua que abastecía en primer lugar el palacio y las fuentes de los jardines, y corriendo desde allí en las cuatro direcciones de los puntos cardinales, se precipitaba formando cascadas, en un canal o foso que cercaba los jardines del palacio, separándolos así de la ciudad situada debajo de ellos.

De este canal partían otros cuatro que llevaban el agua a través de cuatro barrios de la ciudad, hacia otras cascadas, las cuales a su vez caían en un nuevo canal que formaban otro cinturón de nivel más bajo.

Así había tres canales formando círculos concéntricos, el último de los cuales estaba aún por encima de la llanura.

Un cuarto canal, al nivel de ésta, pero de forma rectangular, recibía las aguas y las vertía en el mar.

La ciudad se extendía sobre parte de la llanura hasta la orilla misma de este gran foso, que la cercaba y defendía con una línea de agua, formando un rectángulo de doce millas de largo por diez de ancho.

Según se habrá observado, la ciudad se hallaba dividida en tres grandes fajas, separadas por canales.

Lo que distinguía a la zona más elevada, esto es, la que estaba más inmediata a los jardines del palacio, era una pista circular para carreras y extensos jardines públicos.

La mayor parte de las casas de los oficiales de la corte estaban situadas también en este recinto, y además había una institución que no tiene semejante en los tiempos modernos.

La denominación de «casa de los extranjeros» no da más que una mezquina idea de lo que era aquel palacio donde los extranjeros que llegaban eran mantenidos todo el tiempo que querían permanecer en ella y tratados como huéspedes del Estado.

Los otros dos recintos estaban ocupados por las casas aisladas de los habitantes y por diversos templos.

En los días de la grandeza de los toltecas, parece que realmente no hubo pobres, pues hasta los mismos esclavos al servicio de los particulares, estaban bien alimentados y vestidos; pero habían cierto número de casas relativamente pobres hacia la parte Norte del recinto inferior, así como en el lado de afuera del último canal, hacia la marina.

Los habitantes de este arrabal estaban en su mayor parte dedicados a los oficios de la navegación, y sus casas, aunque separadas unas de otras, se hallaban más apiñadas que las de los demás distritos.

Así, pues, la población tenía un abundante surtido de agua pura, siempre corriente, mientras que los recintos superiores y el palacio del emperador estaban protegidos por varios fosos, escalonados en dirección al centro.

No es preciso un gran conocimiento de la mecánica, para darse cuenta de las enormes obras que habría de requerir la dotación de agua de una ciudad que, en los días de su grandeza encerraba dentro de los cuatro círculos, cosa de dos millones de habitantes.

Jamás se ha intentado en los tiempos de Grecia y Roma, ni en los modernos, trabajo hidráulico semejante; y hasta es muy dudoso que el más hábil de nuestros ingenieros pudiese obtener tal resultado, ni aun con el empleo de sumas fabulosas.

Es, por lo tanto interesante, el conocimiento de algunas de las particularidades que ofrecía esta obra.

El agua procedía de un lago situado a una altura de 2.600 pies en medio de las montañas que según dijimos, aparecían al poniente de la ciudad.

El principal acueducto, cuya sección era oval, tenía cincuenta pies de diámetro mayor y treinta de menor, y se dirigía por bajo de tierra a un enorme depósito en forma de corazón.

Este depósito caía debajo del palacio a una gran profundidad, justamente en la base de la colina, sobre la cual estaban construidos la ciudad y el palacio.

De este depósito partía un conducto vertical de 500 pies de longitud, que atravesaba la roca de la colina, dando paso al agua que surgía en los jardines del palacio, desde donde se distribuía por toda la población.

Otras varias cañerías llevaban del depósito central a diferentes partes de la ciudad, el surtido de agua para beber de las fuentes públicas y particulares.

Había también sistemas de exclusas para facilitar la distribución de las aguas en los diferentes distritos.

Por poco conocimiento que se tenga de mecánica, se comprenderá por lo que va descrito, que la presión en el acueducto subterráneo y en el depósito central, desde el cual se elevaba el agua al estanque de los jardines del palacio, debía ser tremenda y la resistencia de los materiales empleados en su construcción igualmente enorme.

Si el sistema para abastecer de aguas a la «Ciudad de las Puertas de Oro» era maravilloso, los medios de transporte atlantes eran aun más asombrosos, pues el buque aéreo o máquina voladora que Keely en América y Maxim en Inglaterra tratan de construir en la actualidad, era entonces un hecho, aunque no el medio ordinario de viajar.

Los esclavos, los sirvientes y las gentes dedicadas al trabajo manual, tenían que andar penosamente por los caminos del país, o viajar en toscos vehículos de ruedas macizas, arrastrados por groseros animales.

Los barcos aéreos pueden considerarse como los carruajes particulares de nuestros días, o más bien como los yachts, si se tiene en cuenta el número relativamente pequeño de los que lo poseían, pues siempre fueron costosos y de construcción difícil.

Por regla general no se hacían para dar cabida a muchas personas; la mayor parte eran para solo dos, y algunos para seis y ocho viajeros.

En épocas posteriores, cuando las contiendas y las guerras pusieron término a la Edad de Oro, los buques aéreos reemplazaron en gran parte a la marina militar; pues naturalmente resultaban máquinas de destrucción mucho más poderosas y se construían de modo que pudiesen llevar cincuenta hombres, y en algunos casos hasta ciento.

El material de que estaban hechos estos barcos aéreos era madera o metal.

Los primitivos fueron de madera muy delgada, pero los impregnaban de una substancia que, sin aumentar su peso, les daba la consistencia del cuero, produciendo así la necesaria combinación de la ligereza y la resistencia.

Cuando se empleó el metal, era éste generalmente una mezcla, en cuya composición entraban dos metales blancos y uno rojo, lo cual daba por resultado un color blanco parecido al del aluminio, y una ligereza aún mayor que la de éste.

Sobre el esqueleto del barco aéreo extendían grandes planchas de este metal, y las sujetaban al mismo, soldándolas eléctricamente cuando era necesario; pero ya fuesen construidas de madera o de metal, su superficie exterior, donde no aparecía unión alguna, era perfectamente lisa, y brillaba en la oscuridad como si estuviese revestida de una pintura luminosa.

Tenían la forma de botes, pero invariablemente estaban cubiertos; porque cuando marchaban a toda velocidad, no era conveniente permanecer sobre cubierta, aun cuando no hubiese peligro en ello.

Sus aparatos propulsores y directores podían hacerse funcionar en cualquiera de los dos extremos.

Pero lo más interesante de todo, era lo que se relacionaba con la fuerza motriz.

En los primeros tiempos parece que el vril personal suministraba esta fuerza, que acaso se emplearía juntamente con algún aparato mecánico; pero en tiempos posteriores fue reemplazado por otra fuerza, la cual, aunque generada de una manera desconocida para nosotros, funcionaba, sin embargo, por medio de un mecanismo perfectamente definido.

Esta fuerza, no descubierta aún por nuestra ciencia, se aproximaba más a la que Keely está aprendiendo a manejar en América, que a la fuerza eléctrica usada por Maxim.

Era, en efecto, de naturaleza etérea; y aunque estamos lejos de la solución del problema, su modo de actuar puede, sin embargo describirse.

Los aparatos mecánicos diferían indudablemente de unos a otros barcos.

He aquí la descripción del bote aéreo en que tres embajadores del rey que gobernaba en la parte septentrional de Poseidón, se dirigieron una vez a la corte del rey que mandaba en el Mediodía.

Una fuerte y pesada caja de metal colocada en el centro del barco, era el generador.

Desde allí fluía la fuerza a través de dos tubos largos y flexibles a cada extremo del barco, así como también a través de ocho tubos subsidiarios fijados a los costados de la proa y de la popa.

Estos tenían dobles aberturas en dirección vertical, hacia arriba y hacia abajo.

Cuando se iba a dar principio al viaje, se abrían las válvulas de los ocho tubos de los costados que se dirigían hacia abajo, permaneciendo cerradas todas las demás válvulas.

La corriente, precipitándose por aquellas, chocaba sobre la tierra con tal fuerza que elevaba al barco, al paso que el aire mismo proporcionaba el necesario punto de apoyo.

Cuando se llegaba a una altura suficiente, se ponía en acción el tubo flexible del extremo del barco, contrario a la dirección que se quería llevar, mientras que por el cierre parcial de las válvulas, la corriente que pasaba por los ocho tubos verticales, se reducía a la pequeña cantidad requerida para mantener la elevación alcanzada.

Dirigiéndose entonces la mayor parte de la corriente por el tubo largo que desde la popa se inclinaba hacia abajo en un ángulo de 45° ayudaba a mantener la elevación, a la vez que proporcionaba la gran fuerza motriz que impelía el barco por los aires.

El gobierno de la nave se verificaba con la descarga de la corriente por este tubo; pues el más ligero cambio en su dirección alteraba inmediatamente la del barco; sin embargo, no se necesitaba una vigilancia constante.

Cuando se emprendía un viaje largo, se fijaba el tubo de modo que no requería más manejo, hasta estar muy cerca del punto de destino.

El máximum de velocidad alcanzada, era alrededor de cien millas por hora; y el curso de la marcha no era nunca una línea recta sino que tenía la forma de grandes ondulaciones, ya aproximándose a la tierra ya alejándose de ella.

La elevación a que viajaban estos barcos, era solo de unos cuantos cientos de pies; y cuando a su paso se presentaban grandes montañas, era necesario cambiar el curso de la marcha y dar un rodeo, pues el aire más rarificado de las grandes alturas no proporcionaba el punto de apoyo necesario.

Las mayores alturas que podían salvar no pasaban de 1.000 pies.

El modo de detener el barco al llegar al punto de destino -y esto podía hacerse igualmente en cualquier punto del aire- era el dejar escapar parte de la corriente por medio del tubo de la proa del barco; y la corriente chocando de frente en la tierra o en el aire hacía oficio de ancla, mientras que la fuerza propulsora de atrás era disminuida gradualmente por el cierre de la válvula.

Falta aún por explicar la razón de los ocho tubos en dirección vertical de los costados.

Esto se relacionaba especialmente con la guerra aérea.

Teniendo a su disposición una fuerza tan poderosa, los barcos de guerra se lanzaban mutuamente la corriente, la cual podía desequilibrar el barco atacado y volcarlo, de cuya situación se aprovechaba seguramente el enemigo para atacar con su ariete.

Había además el peligro de ser precipitado al suelo, a menos que se atendiese con presteza a abrir y cerrar las correspondientes válvulas.

En cualquier posición en que se hallase el barco, las aberturas que miraban a la tierra eran naturalmente por las que la corriente debía precipitarse, al paso que las aberturas que miraban a lo alto debían estar cerradas.

El modo de hacer tomar su posición normal a un barco volcado, era emplear los cuatro tubos de un solo costado del buque en dirección hacia abajo, mientras que los cuatro del otro lado permanecían cenados.

Los Atlantes tenían también barcos marinos impulsados por una fuerza análoga a la ya descrita; pero la corriente que según se ha visto producía grandes efectos, en este caso tenía una apariencia más densa que la usada en los buques aéreos.

## COSTUMBRES Y HÁBITOS

Indudablemente hubo tanta variedad en las costumbres y hábitos de los Atlantes en las diferentes épocas de su historia, como la ha habido entre las diversas naciones que constituyen nuestra raza aria, y esto sin referirnos a las modas fluctuantes de los siglos, de las cuales prescindimos.

Las observaciones que siguen tratarán solamente de las características principales que diferenciaban sus costumbres de las nuestras, y estas características las tomaremos en cuanto sea posible, de la gran era tolteca.

Ya hemos hablado de los experimentos hechos por los turanios respecto al matrimonio ya las relaciones de los sexos.

La poligamia prevaleció en diferentes épocas, en todas las subrazas; pero en los días de los toltecas, aunque la ley permitía dos esposas, gran número de hombres solo tenían una.

Tampoco eran las mujeres consideradas, según sucede actualmente en los países en donde se sostiene la poligamia, como inferiores al hombre, ni estaban esclavizadas en lo más mínimo, sino que su posición era completamente igual a la del hombre, al paso que las aptitudes que muchas de ellas desplegaban en la adquisición del poder del vril las hacía en absoluto iguales, sino superiores al otro sexo.

Esta igualdad era reconocida desde la infancia, y en las escuelas o colegios no había separación de sexos: niños y niñas aprendían juntos.

Era también regla general, y no una excepción, que reinara la más completa armonía en las familias dobles, y las madres enseñaban a sus hijos a amar igualmente a las esposas de su padre.

Tampoco estaba prohibido a las mujeres tomar parte en el Gobierno.

Algunas veces tenían asiento en los Consejos, y en ocasiones eran elegidas por el Adepto emperador para representarle en las diversas provincias como soberanos locales.

Los utensilios de escribir de los Atlantes, consistían en delgadas hojas de metal, en cuya superficie blanca y pulida como la porcelana, escribían las palabras.

También sabían reproducir lo escrito, colocando sobre la hoja otra plancha delgada, humedecida previamente con un líquido especial.

El texto copiado en la segunda plancha, podía reproducirse, cuando se quería, en otras hojas, y uniendo éstas en gran número, constituían un libro.

Una de las costumbres que se apartaban considerablemente de las nuestras, era la referente a la alimentación.

Es un asunto nada agradable, pero que no debemos pasar por alto.

Generalmente rechazaban la carne de los animales, pero devoraban aquellas partes que nosotros desechamos como alimento.

También bebían la sangre, muchas veces caliente de los animales, y confeccionaban con ella diversos platos.

No debe creerse, sin embargo, que carecían de las clases de alimentos más ligeros y aceptables para nosotros.

Los mares y los ríos les proporcionaban pescados, cuya carne comían, aunque muchas veces en tal estado de descomposición, que para nosotros sería de lo más repugnante.

Cultivaban en grande escala diferentes granos con los que hacían pan y bollos; también tenían leche, frutas y legumbres.

Verdad es que una pequeña parte de los habitantes no adoptó jamás aquellas repugnantes costumbres.

Entre éstos se hallaban los reyes y emperadores Adeptos y los sacerdotes iniciados de todo el imperio, cuyos hábitos respecto de la comida eran por completo vegetarianos; pero muchos de los consejeros y dignatarios de la corte, afectando preferir la alimentación más pura, se entregaban muchas veces en secreto a sus gustos más groseros.

Tampoco fueron desconocidas en aquellos tiempos las bebidas alcohólicas.

En una época estuvieron muy en boga los licores fermentados de una clase muy potente, pero como los que los bebían llegaban a un estado de excitación peligrosa, se promulgó una ley prohibiendo en absoluto su uso.

Las armas de guerra y de caza fueron muy distintas en las diversas épocas.

Las espadas y lanzas, y los arcos y flechas, fueron por regla general las armas de los rmoahals y de los tlavatli.

Los animales que cazaban en aquellos primeros tiempos eran mamíferos de pelo largo y lanoso, elefantes e hipopótamos.

Abundaban también los marsupiales, así como los supervivientes de los tipos intermedios, siendo algunos medio reptiles y medio mamíferos, otros medio reptiles y medio aves.

El uso de los explosivos se adoptó desde los tiempos primitivos, y fue llevado a una gran perfección posteriormente.

Algunos parece que estallaban por el choque, otros después de cierto intervalo de tiempo, pero en ambos casos la destrucción de la vida era ocasionada al parecer por el desprendimiento de un gas venenoso, y no por el choque de balas.

Tan poderosos parece que llegaron a ser estos explosivos en los últimos tiempos atlantes, que compañías enteras de hombres eran destruidas en las batallas por el gas venenoso que se desprendía con la explosión, sobre sus cabezas, de una de estas bombas lanzadas por algún mecanismo de palancas.

Pasemos ahora al sistema monetario.

Durante las tres primeras subrazas, en todo caso, no se conoció nada que se pareciera a la moneda del estado, pero sí pequeños pedazos de metal o de cuero, que tenían estampado un valor determinado, y que se usaban como garantía.

Estaban perforados por el centro, y los engarzaban juntos, llevándolos generalmente a guisa de cinturón.

Cada hombre era, por decirlo así, su propio acuñador; pero la moneda de metal o de cuero que fabricaba, y que entregaba a cambio de otros valores, constituía solamente el reconocimiento personal de una deuda, lo mismo que entre nosotros un pagaré.

Ningún hombre podía fabricar mayor cantidad de tales garantías, que las que pudiese redimir con otros valores de que estuviese en posesión.

Estas garantías no circulaban corno nuestra moneda; pero el tenedor de ellas podía calcular con perfecta exactitud los recursos de su deudor, con la facultad de la clarividencia que todos los hombres tenían entonces, más o menos desarrollada, y que en caso de duda ejercitaban para asegurarse de los hechos.

Debemos decir, sin embargo, que en los últimos tiempos de Poseidón se adoptó un sistema parecido al corriente entre nosotros, siendo la triple montaña que se veía desde la gran capital del Sur, la representación favorita empleada en la moneda del Estado.

Pero lo más importante de la clase de asuntos de que vamos a tratar, es lo referente a la propiedad territorial.

Entre rmoahales y los tlavatlis, que vivían principalmente de la caza y de la pesca, no tenía naturalmente razón de ser aquella propiedad, si bien en los días de los tlavatlis se empleaba cierto sistema de cultivo en las aldeas.

Con el aumento de población, y con la civilización de los primeros tiempos toltecas, fué cuando la tierra empezó a tener valor.

No nos proponemos describir el sistema o la falta de sistema que prevaleció en los tumultuosos tiempos anteriores al advenimiento de la Edad de Oro, pero los anales de esta época presentan a la consideración, no sólo de los economistas, sino de todos los que se interesan por el bienestar humano, un asunto del mayor interés e importancia.

Se recordará que la población había aumentado constantemente, y que bajo el gobierno de los Adeptos emperadores había alcanzado la elevadísima cifra antes mencionada; sin embargo la pobreza y la necesidad eran estados que ni aún se soñaban en aquellos tiempos; y este bienestar social era indudablemente debido, en parte, al sistema terrateniente.

No sólo pertenecían al emperador todas las tierras y sus productos, sino también todos los ganados.

El país estaba dividido en diferentes provincias o distritos, cada uno de los cuales tenía a su frente uno de los reyes Subalternos o virreyes, nombrados por el emperador.

Cada uno de estos virreyes era responsable del gobierno y bienestar de todos los habitantes que estaban bajo su mando.

La labranza de las tierras, la recolección de las cosechas y los pastos de los ganados, estaban dentro de la esfera de su inspección, así como la dirección de los experimentos agrícolas en que ya nos hemos ocupado.

Cada virrey se hallaba rodeado de cierto número de consejeros y coadjutores, los cuales tenían, entre otros deberes, el de estar bien versados en astronomía, que no era en aquellos días una ciencia estéril.

Se estudiaban y utilizaban las influencias ocultas sobre plantas y animales.

Igualmente no era raro el poder de producir la lluvia a voluntad, así como más de una vez se neutralizó, en parte, los efectos de una época glacial en las regiones del Norte del continente, por medio de la ciencia oculta.

Se calculaba con exactitud el día preciso en que debían principiar las operaciones de la agricultura, y esto lo verificaban los funcionarios que tenían por obligación inspeccionar todos los detalles.

Lo que se producía en cada distrito o reino, se consumía por regla general en el mismo; pero a veces se establecía un cambio de productos agrícolas entre los gobernantes.

Después de apartar una pequeña porción para el emperador y el gobierno central de la «Ciudad de Oro», todo el producto restante del distrito o reino se distribuía entre sus habitantes, recibiendo naturalmente el virrey local y sus funcionarios las participaciones mayores, al paso que el último de los trabajadores agrícolas obtenía lo suficiente para asegurar su bienestar, todo aumento en la producción de la tierra o en el rendimiento de la riqueza mineral, era dividido proporcionalmente entre los interesados, por lo que todos tenían interés en hacer que el resultado de sus trabajos combinados fuese lo más lucrativo posible.

Este sistema funcionó admirablemente durante un larguísimo período; pero a medida que pasó el tiempo, sobrevinieron el descuido y el lucro personal.

Los que tenían el deber de inspeccionar, se fueron descartando más y más de la responsabilidad, la cual imponían a sus subordinados, y con el tiempo se hizo raro que los gobernantes interviniesen o se interesasen por sí mismos en ninguna de aquellas operaciones.

Este fué el principio de los malos tiempos.

Los individuos de la clase dominante que antes dedicaban todo su tiempo a los deberes del Estado, principiaron a ocuparse en llevar una vida más agradable, y el lujo comenzó a desenvolverse.

Había una causa que especialmente producía gran descontento entre las clases inferiores.

Ya hemos mencionado el sistema bajo el cual se educaba en las escuelas técnicas a la juventud de la nación.

Ahora bien; un individuo de la clase superior, cuyas facultades psíquicas habían sido debidamente cultivadas, estaba encargado de la selección de los niños, de manera que cada uno de estos recibiese la educación y se le destinase a la ocupación más adecuada a su naturaleza.

Pero cuando los que poseían la visión clarividente, único medio por el cual era posible hacer semejante selección, delegaron sus deberes en subalternos que carecían de tales facultades psíquicas, el resultado fue que muchas veces los niños eran lanzados por sendas contrarias, y aquellos cuyas aptitudes e inclinaciones se dirigían en determinado sentido, se encontraban sujetos a menudo por toda su vida a una ocupación contraria a sus gustos, y en la que, por tanto, rara vez adelantaban.

Los sistemas de propiedad territorial que surgieron en diferentes partes del imperio, cuando terminó la gran dinastía tolteca, fueron muchos y muy diversos; más no creemos necesario describirlos.

En los últimos días de Poseidón, habían sido ya generalmente reemplazados por el sistema de la propiedad individual que nos es conocida.

Ya hicimos referencia en el tratado de «Emigraciones», al sistema territorial que prevaleció durante el glorioso período de la historia peruana, cuando dominaban los Incas hace 14.000 años.

Será interesante un corto resumen de él, porque muestra su origen, así como da ejemplo de las variaciones que se introdujeron en este sistema, algún tanto más complicado.

Toda propiedad de la tierra era del dominio eminente del Inca, pero estaba asignada la mitad a los cultivadores, los cuales constituían la masa de la población.

La otra mitad se dividía entre el Inca y el orden sacerdotal dedicado al culto del Sol.

Con los productos de las tierras que le correspondían, tenía el Inca que sostener el ejército, construir y conservar los caminos de todo el imperio, y atender a todo el mecanismo del gobierno.

Éste era dirigido por una clase especial más o menos relacionada con el mismo Inca, y representaba una civilización y cultura muy por encima de la gran masa de la población.

De la cuarta parte restante, las «tierras del Sol» no sólo se mantenían los sacerdotes a cuyo cargo estaba el culto público, sino que también servía para proveer a la educación del pueblo en escuelas y colegios, para socorrer a todas las personas enfermas o inútiles, y finalmente, para el mantenimiento de todos los habitantes (salvo la clase gobernante, para la cual no había cesación de trabajo), que llegaban a los cuarenta y cinco años de edad en que debían terminar las tareas rudas y principiar la vida de descanso y bienestar .

## RELIGIÓN

El único punto que nos queda por tratar, es la evolución de las ideas religiosas.

Entre las aspiraciones espirituales de una raza tosca pero sencilla, y el culto degradado de una gente intelectual, pero espiritualmente muerta, hay un abismo que sólo puede llenar el término religión en su más amplia acepción.

Sin embargo, hay que trazar en la historia del pueblo atlante este proceso consecutivo de generación y degeneración.

Se recordará que el gobierno bajo el que surgió la existencia de los rmohales, fué descrito como el más perfecto concebible, pues hacía de rey el Manú mismo.

La memoria de este gobernante divino se conservó en los anales de la raza, ya su debido tiempo llegó a ser considerado como un dios entre unas gentes que eran psíquicas por naturaleza, y que, por tanto, alcanzaban vislumbres de los estados de conciencia que transcienden al nuestro de vigilia ordinario.

Con esta cualidad superior era llano que esta gente primitiva adoptase una religión que, si bien no representaba una elevada filosofía, estaba por lo menos alejada del tipo de religiones innobles.

Andando el tiempo, esta fase de creencia religiosa pasó a ser una especie de culto a sus mayores.

Los tlavatlis, al paso que heredaron la reverencia tradicional y el culto al Manú, fueron enseñados por Adeptos instructores en la existencia de un Ser Supremo cuyo símbolo reconocían en el Sol.

De este modo desarrollaron una especie de culto solar que practicaban en las cumbres de las montañas.

Allí construían grandes círculos con monolitos verticales, destinados a simbolizar el curso anual del Sol; pero a la vez se empleaban con fines astronómicos.

Estaban puestos de manera que para la persona colocada en el altar mayor, el sol salía en el solsticio de invierno, detrás de uno de estos monolitos, y en el equinoccio vernal detrás de otro, y así sucesivamente todo el año.

Estos círculos de piedra servían también para ayudar a hacer observaciones astronómicas de carácter más complejo, relacionadas con constelaciones más distantes.

Ya hemos visto, al tratar de las emigraciones, que una subraza posterior, los acadios, imitaron en la erección de Stonehenge esta primitiva construcción de monolitos.

Aunque los tlavatlis estaban dotados de una aptitud algún tanto más aventajada por el desarrollo intelectual que la subraza anterior, su culto, sin embargo, era aun de un tipo muy primitivo.

Con la mayor difusión de los conocimientos en los días de los toltecas, y especialmente con el establecimiento ulterior de un sacerdocio iniciado, y de un emperador Adepto, tuvieron aquellas gentes mayores medios de alcanzar un concepto más verdadero de lo divino.

Los poco aptos para aprovecharse por completo de la enseñanza que se les daba, después de haber sido puestos a prueba, eran admitidos en las filas sacerdotales que constituían entonces una inmensa fraternidad oculta.

Mas con éstos que se habían elevado sobre la masa de la humanidad, hasta el punto de principiar su marcha por el sendero oculto, nada tenemos que ver aquí, pues el asunto de nuestras investigaciones no va más allá de los límites de las religiones que practicaban los habitantes de la Atlántida.

Las muchedumbres de aquellos tiempos carecían de aptitudes para elevarse a las alturas del pensamiento filosófico, como sucede aún hoy a la mayor parte de los habitantes del globo.

Todo lo más que podía hacer el instructor más inspirado para darles una idea acerca de la inefable y omnipresente esencia del Kosmos, era presentársela en forma de símbolos, y como es natural, el sol fue el primer símbolo adoptado.

Al modo que sucede en nuestros días, podían percibir entonces a través del símbolo los entendimientos más cultivados y espirituales, y elevarse algunas veces en alas de la devoción al Padre de nuestros espíritus, «Centro y motivo de nuestras almas Término y refugio de nuestro viaje»; mientras que la multitud más grosera no veía nada más que el símbolo, y lo adoraba, de la misma manera que la esculpida Madona o la imagen de madera del crucificado son hoy adorados en la Europa católica.

La adoración del Sol y del fuego se convirtió entonces en culto, para cuya celebración se erigieron magníficos templos en toda la extensión del continente atlante, pero más especialmente en la gran «Ciudad de las Puertas de Oro», estando su servicio a cargo de sacerdotes que el Estado nombraba con este objeto.

En aquellos tiempos primitivos, no se permitía imagen alguna de la Divinidad.

El disco del sol era considerado como el único emblema propio de la misma, y como tal era usado en todos los templos.

Generalmente se colocaba un disco de oro de modo que recogiese los primeros rayos del sol naciente, en el equinoccio de primavera o en el solsticio de verano.

Un ejemplar interesante de la supervivencia casi pura de este culto del disco del Sol, podría presentarse en las ceremonias de Shinto en el Japón.

Toda otra representación de la deidad es considerada en esta creencia como impía, y hasta el espejo circular de metal pulimentado se halla oculto a la vista del vulgo, excepto en las ceremonias.

Sin embargo, al revés de las vistosas decoraciones de los atlantes, los templos de Shinto se caracterizan por la completa ausencia de decorado, pues carecen sus exquisitas obras de madera de todo grabado, pintura o barniz.

Pero no siempre fué el disco del Sol el único emblema permitido de la Divinidad.

La imagen del hombre -el hombre arquetipo- fue en días posteriores colocada en los altares y adorada como la representación más elevada de lo divino.

En cierto modo pudiera esto considerarse como una reversión al culto rmoahal del Manú.

Aún entonces la religión era relativamente pura, y la fraternidad oculta de la «Buena Ley» hacía cuanto le era dable para mantener activa en los corazones la vida espiritual.

Aproximábanse, no obstante, los tiempos en que no iba a quedar idea alguna altruista que salvase a la raza del principio de egoísmo en que estaba destinada a despeñarse.

El decaimiento de la idea ética fue el preludio necesario de perversión espiritual.

El hombre sólo luchaba para sí mismo, y sus conocimientos fueron empleados en fines puramente egoístas, hasta que se arraigó la creencia de que nada había en el universo más grande y elevado.

Cada hombre era su propia «Ley, Señor y Dios», y el mismo culto de los templos dejó de ser el culto de un ideal, convirtiéndose en la mera adoración del hombre, tal como se le conocía y se le veía.

Según está escrito en el Libro de Dzyan: «Entonces la Cuarta creció en orgullo. Somos los reyes, dijeron; somos los Dioses... Construyeron ciudades enormes. De tierras y metales raros las construyeron, y de los fuegos vomitados, de la piedra blanca de las montañas y de la piedra negra, labraron sus imágenes a su tamaño y semejanza y las adoraron.» Colocáronse urnas en los templos, en donde la estatua de cada hombre, construida de oro o plata, o labrada en piedra o en madera, era adorada por él mismo.

Los individuos más ricos sostenían corporaciones de sacerdotes para el culto y cuidado de sus urnas, los cuales hacían ofrendas a estatuas, como si fuesen Dioses.

La apoteosis del Yo no podía ir más lejos.

Debe tenerse presente que toda idea verdaderamente religiosa que haya tomado asiento en la mente del hombre, le ha sido sugerida de modo consciente por los Instructores divinos, los Iniciados de las Logias Ocultas, los cuales, a través de todas las edades, han sido siempre los guardianes de los misterios divinos y de las verdades de los estados suprasensibles de la conciencia.

La humanidad, por regla general, sólo de un modo lento ha llegado a ser capaz de asimilarse unas pocas de estas ideas divinas, al paso que la causa de los desarrollos monstruosos y de las repugnantes deformidades que todas las religiones de la tierra atestiguan, deben buscarse en la propia naturaleza inferior del hombre.

En verdad, parece que no siempre se le ha podido confiar el conocimiento de los meros símbolos, bajo los cuales se hallaba velada la luz de la Divinidad; aunque en los días de la supremacía turania algunos de estos conocimientos fueron indebidamente divulgados.

Hemos visto cómo los atributos del Sol, productores de vida y de luz, fueron usados en los tiempos primitivos como símbolo, para presentar a la inteligencia de aquellas gentes todo lo que eran capaces de concebir sobre la gran Causa Primera.

Pero entre las filas del sacerdocio se conocían y guardaban otros símbolos de significación mucho más profunda y real.

Uno de éstos era el concepto de una Trinidad en la Unidad.

Las Trinidades de la más sagrada significación no eran jamás divulgadas; pero la Trinidad que personificaba los poderes cósmicos del universo, como Creador, Conservador y Destructor, se hizo pública de un modo irregular en los tiempos turanios.

Esta idea fue aún más materializada y degenerada por los Semitas, que la convirtieron en una Trinidad antropomórfica, formada de Padre, Madre e Hijo.

De otro desarrollo más terrible de los tiempos turanios debemos dar cuenta.

Con la práctica de la hechicería, muchos de los habitantes habían venido en conocimiento de la existencia de elementales poderosos, entidades que debían a aquellos su ser, o cuando menos estaban animadas por sus poderosas voluntades, las cuales, dirigidas hacia fines maléficos, producían elementales con poder y malignidad.

De tal modo se habían degradado entonces los sentimientos de reverencia y adoración del hombre, que llegaron a adorar talmente estas creaciones semiconscientes de sus propios malignos pensamientos.

El ritual del culto de estos seres fué desde un principio el derramamiento de sangre, y cada sacrificio ejecutado en sus santuarios, daba vitalidad y persistencia a estas creaciones vampíricas.

Tan es asÍ, que aun hoy día, en diversas partes del mundo, duran los elementales formados por la voluntad poderosa de aquellos antiguos brujos de la Atlántida, e imponen su tributo a aduares inofensivos.

Aunque los brutales turanios inauguraron y practicaron en grande escala estos sangrientos ritos, no parece, sin embargo, que llegase el contagio a otras subrazas, aunque los sacrificios humanos no dejaron de ser comunes entre algunas tribus semitas.

En el gran imperio tolteca de México, el culto del Sol de sus antepasados era aún la religión nacional, al paso que sus ofrendas, que nada tenían de sangrientas, a su benéfica Deidad Quetzalcoatl, consistían puramente en flores y frutas.

Sólo con la irrupción de los salvajes aztecas, fue reemplazado el inofensivo ritual mexicano por la sangre de los sacrificios humanos, que empapaba los altares de su dios de la guerra.

Huitzilopochtli; y puede considerarse el arrancar los corazones a las víctimas en la cúspide del Teocali, como resto directo del culto a los elementales de sus antecesores turanios de la Atlántida.

Se ve, pues, que lo mismo que en nuestros días, la vida religiosa de los pueblos comprendía entonces las formas más variadas de creencias y cultos.

Desde la escasísima minoría, que aspiraba a la iniciación y estaba en contacto con la vida espiritual superior -los que sabían que la buena voluntad hacia todos los hombres, el dominio del pensamiento y la pureza de vida y de obra eran preliminares necesarios para alcanzar los más elevados estados de conciencia y los más extensos horizontes de visión- había innumerables maneras de cultos, más o menos ciegos, de los poderes cósmicos o de dioses antropomórficos, hasta llegar al ritual más degradado y también más extendido, de la adoración de sus propias imágenes, y a las ceremonias cruentas del culto a los elementales.

Téngase presente que en todo lo que venimos exponiendo, tratamos solamente de la raza Atlante, y por tanto, estaría fuera de lugar cualquier referencia a cultos aún más degradados que, todavía por entonces, existían (y aun existen hoy) entre los envilecidos descendientes de los lemures.

Así continuaron a través de los siglos todos los rituales compuestos para celebrar estas diversas formas de culto, hasta la sumersión final de Poseidón, a cuyo tiempo las huestes innumerables de los emigrados atlantes habían ya establecido en tierras extranjeras los diferentes cultos del continente-madre.

El seguir en detalle el desarrollo y progreso de las religiones arcaicas, que han florecido en tiempos históricos bajo formas diversas y antagónicas, sería empresa de grandes dificultades; pero tal es la luz que arrojaría este estudio sobre asuntos de importancia trancendental, que es posible que nos determinemos a intentarlo.

Finalmente, sería inútil tratar de resumir lo que es ya por sí un resumen demasiado concreto.

Esperemos más bien que lo relatado se ofrezca como texto del que puedan derivarse las historias de las diferentes hijuelas de las varias subrazas; historias que podrán examinar analíticamente los desenvolvimientos políticos y sociales, que aquí apenas hemos esbozado de la manera más rudimentaria.

Una palabra más, sin embargo, puede aún decirse acerca de la evolución de esta raza: el progreso que toda la creación, con la humanidad a su cabeza, está siempre destinada a llevar a cabo centuria tras centuria, milenio tras milenio, manvantara tras manvantara, y Kalpa tras Kalpa.

La bajada del espíritu a la materia -polos opuestos de la substancia una y eterna- es el proceso que ocupa la primera mitad de cada ciclo.

Ahora bien, el período que hemos estado considerando en las páginas que anteceden, el período durante el cual la raza Atlante hizo su carrera, fué precisamente el punto medio, o punto de retorno del manvantara presente.

El proceso de evolución que en la actualidad efectúa nuestra Quinta Raza -la vuelta, esto es, la espiritualización de la materia- sólo se dió en aquellos tiempos en algunos casos individuales y aislados, precursores de la resurrección del espíritu.

Pero el problema cuya solución indudablemente esperan todos los que hayan seguido con atención este relato, es el contraste sorprendente de las cualidades que poseía la raza Atlante; pues al lado de sus brutales pasiones y de sus degradantes inclinaciones animales, se notan sus facultades psíquicas y su intuición semidivina.

Ahora bien; la solución de este enigma, aparentemente insoluble, se cifra en el hecho de que estaba entonces en sus comienzos la construcción del puente, el puente de Manas, la mente, destinada a unir en el individuo perfecto las fuerzas del animal que evoluciona en sentido ascendente, y el espíritu divino que involuciona en dirección descendente.

El reino animal de hoy muestra un campo natural en donde aún no ha comenzado la construcción de este puente, y hasta en la misma humanidad de los tiempos atlantes la conexión era tan ligera, que las cualidades espirituales tenían muy poco poder dominador sobre la naturaleza animal inferior.

La poca mentaljdad que poseían aquellos hombres, bastaba para aumentar el placer en la satisfacción de los sentidos; mas no era suficiente para avivar las facultades espirituales que aún dormitaban, pero que han de convertirse en dueño absoluto en el individuo perfecto.

La metáfora del puente puede llevarnos un poco más lejos, si lo consideramos al presente en curso de ejecución, y destinado a permanecer incompleto, por lo que hace a la generalidad de los hombres, durante milenios sin cuento; en una palabra, hasta que la humanidad haya recorrido otra vez el círculo de los siete planetas y la gran Ronda Quinta esté a la mitad de su carrera.

Aunque fué en la última mitad de la Tercera Raza Raíz, y al principio de la Cuarta, cuando los Manasaputras descendieron para dotar de mente a la masa humana, que aún carecía de chispa, sin embargo, tan débilmente ardió la luz durante todos los tiempos atlantes, que puede decirse ser pocos los que alcanzaron los poderes del pensamiento abstracto.

Por otra parte, el funcionamiento de la mente sobre las cosas concretas, estaba bien dentro de su alcance, y según hemos visto en los intereses prácticos de su vida diaria, especialmente cuando sus facultades psíquicas se dirigían hacia los mismos objetos, fué donde obtuvieron tan notables y estupendos resultados.

Hay también que tener presente que Kama, el cuarto principio, llegó naturalmente a su punto culminante de desarrollo en la Cuarta Raza.

Esto explica la profundidad de la grosería animal, a que descendieron, al paso que la aproximación del ciclo a su nadir acentuaba inevitablemente este movimiento de descenso; de modo que poco debe sorprender la pérdida gradual que experimentó la raza de sus facultades psÍquicas, y su caída en el egoísmo y el materialismo.

Más bien debiera esto considerarse como parte del gran proceso cíclico sometido a la eterna Ley.

Todos hemos pasado por aquellos malos días, y las experiencias que entonces acumulamos, han servido para constituir el carácter que hoy poseemos.

Pero un sol más esplendente que el que alumbró la senda de nuestros antepasados atlantes, brilla hoy para la raza Aria.

Menos dominados por las propensiones de los sentidos, más abiertos a la influencia de la mente, los hombres de nuestra raza han alcanzado y están alcanzando un conocimiento más firme, a la vez que mayor desarrollo intelectual.

Este arco ascendente del gran ciclo Manvantárico, llevará, naturalmente, un número cada vez mayor de seres hacia la entrada del Sendero Oculto, y prestará más y más atracciones a las oportunidades transcendentales que ofrece para la constante fortaleza y purificación del carácter: fortaleza y purificación que no estarán dirigidas por el mero esfuerzo espasmódico, continuamente interrumpido por atenciones que le distraen, sino guiadas y guardadas por los Maestros de Sabiduría, de modo que la subida, una vez iniciada, no torne a ser vacilante e incierta, sino que lleve derechamente a la gloriosa meta.

También las facultades psíquicas y la intuición casi divina perdidas algún tiempo, pero legítima herencia de la raza, sólo esperan el impulso individual del que regresa, para dar al carácter una fuerza de penetración más profunda y poderes más transcendentales.

De este modo se irán haciendo cada vez más nutridas las filas de los Adeptos instructores -los Maestros de Sabiduría- y aún entre nosotros hoy dia debe haber seguramente algunos, no distinguibles, salvo por el entusiasmo perseverante de que están animados, los cuales, antes de que la próxima Raza Raíz surja sobre el planeta, llegarán a su vez a ser Maestros de Sabiduría, para ayudar a aquélla en su progresión ascendente.

## Notas

Las fechas que presenta el autor son una hipótesis personal, de acuerdo a sus visiones clarividentes.

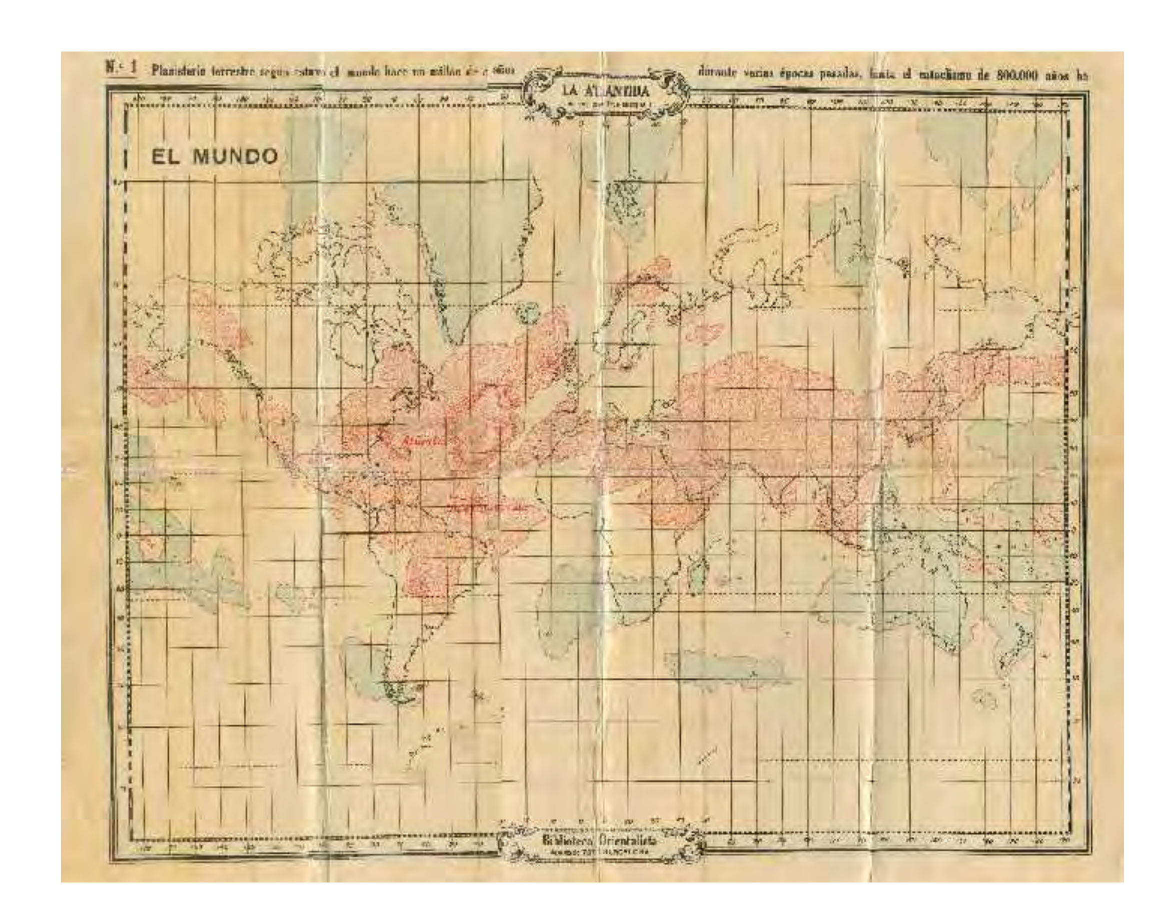
Investigadores esotéricos de fines del siglo XX han revelado las dificultades que aparecen al tratar de datar las visiones, e incluso han afirmado que algunos datos de los libros de Scott Elliot poseen errores de datación, y serían más recientes de lo que se afirma en esta obra.

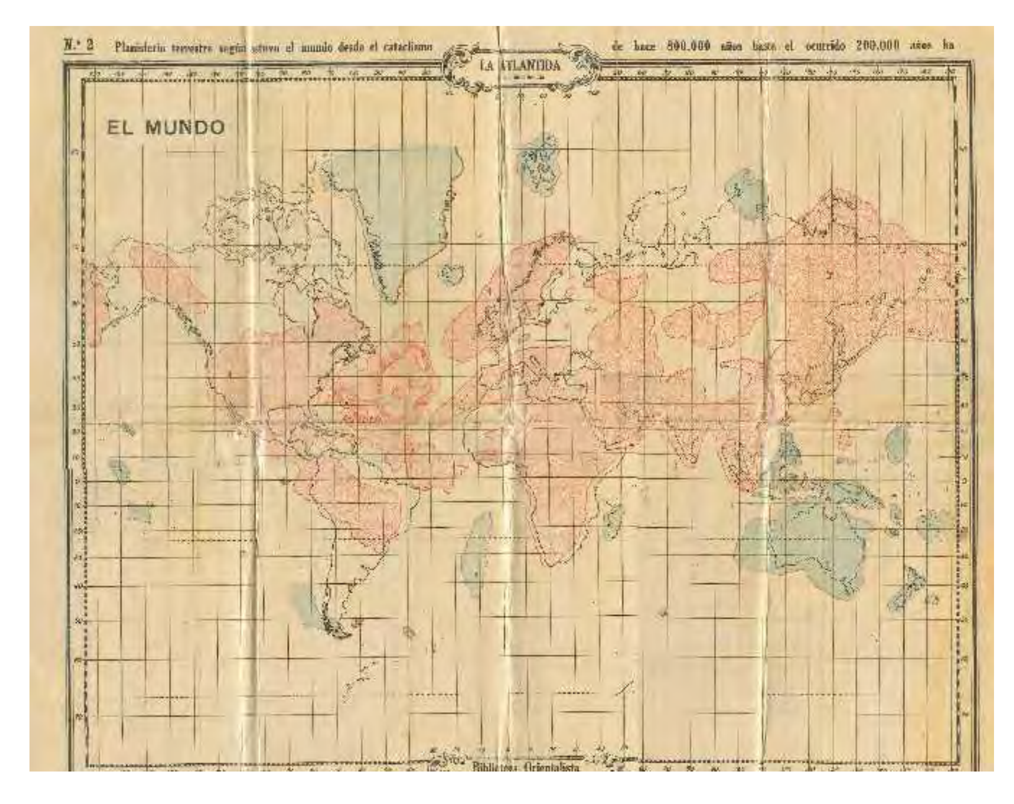
Pop., Sc. Review, Julio de 1878.

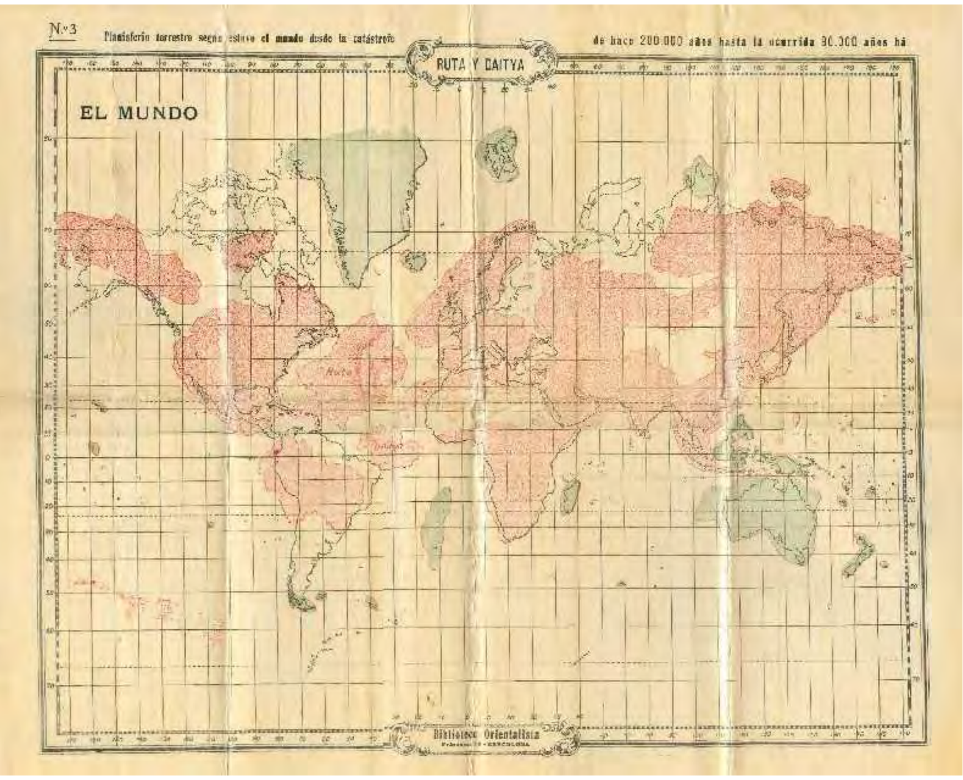
Véanse las obras North Americans of Antiquity, de Short; Pre-adamites, de Winchell, e lndians of North America, de Catling; véase también Atlantis, por Ignacio Donelly, que ha reunido multitud de datos sobre este y otros asuntos.

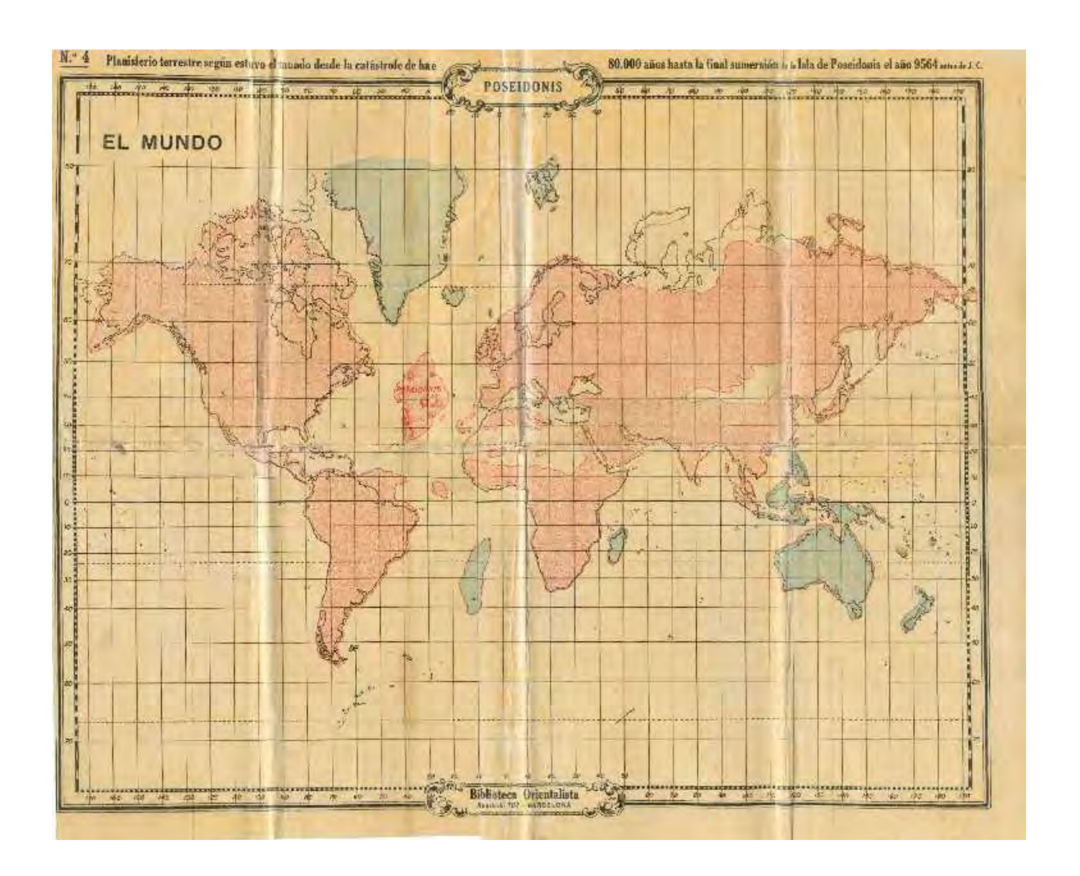
(4) Las personas versadas en Geología y Paleontología, saben que estas ciencias consideran al hombre de Cromagnon anterior al de Furfooz; y siendo así que las dos primeras razas coexistieron durante largos períodos de tiempo, pudo suceder muy bien que los esqueletos

de Cromagnon, representantes de la segunda raza, fuesen depositados en los yacimientos cuaternarios miles de años antes de que viviese sobre la tierra el hombre de Furfooz (que como antes se ha dicho), representa sólo el tipo degenerado ya de la primera raza.




N.º 2
Planisferio terrestre según estuvo el mundo desde el cataclismo de hace 800.000 años hasta el ocurrido 200.000 años ha
LA ATLANTIDA
EL MUNDO
Biblioteca Orientalista


N.º 3
Planisferio terrestre según estuvo el mundo desde la catástrofe de hace 200.000 años hasta la ocurrida 80.000 años ha
RUTA Y DAITYA
EL MUNDO
Biblioteca Orientalista


N.° 4
Planisferio terrestre según estuvo el mundo desde la catástrofe de hace
POSEIDONIS
80.000 años hasta la final sumersión de la Isla de Poseidonis el año 9564 antes de J. C.
EL MUNDO
Biblioteca Orientalista